# SHERLOCK HOLMES Y CHARLES PEIRCE / EL MÉTODO DE LA INVESTIGACIÓN (1979)

Thomas A. Sebeok y Jean Umiker-Sebeok

Edición electrónica de www.philosophia.cl / Escuela de Filosofía / Universidad ARCIS

«Yo nunca hago conjeturas»
SHERLOCK HOLMES
*The Sign of four*

«Debemos conquistar la verdad mediante
conjeturas, o no la conquista-
remos de ningún modo.»
CHARLES S. PEIRCE
Ms. 692

# Índice

**Agradecimientos /4/**

**Prefacio /5/**

**1. C. S. Peirce — Agencia de detectives /10/**

**2. Sherlock Holmes — Centro de semiótica /19/**

**3. Enfermedad, crimen y semiótica /32/**

**4. Taumaturgia en la realidad y en la ficción /49/**

**Agradecimientos**

Los autores agradecen los útiles y variados comentarios de Martin Gardner, Christian Kloesel, Edward C. Moore, Joseph Ransdell, David Savan y John Bennett Shaw, en respuesta a una de las primeras versiones de este estudio. Nuestra especial gratitud para Max H. Fisch, también detective, por su generosa e incalculable ayuda para localizar la correspondencia y los pasajes de los manuscritos inéditos de Peirce que ilustran las cuestiones que aquí se discuten, y por compartir con nosotros su tan variado y siempre fascinante cúmulo de información sobre Peirce. Asimismo, estamos en deuda con él por proporcionarnos las fotografías de Peirce y escribir el prefacio de este volumen —prueba de gran amistad, tanto de un entrañable y verdadero amigo como de un distinguido colega. También estamos en deuda con Jack Tracy por su ayuda, experta, en la preparación de la publicación de este libro y por su *The Encyclopaedia Sherlockiana* que, como verán nuestros lectores, hemos consultado en muchas ocasiones.

**Prefacio**

¿Cuál es el intelecto más original y polifacético que haya engendrado nunca América? No cabe la menor duda, la respuesta es «Charles S. Peirce», pues el segundo, fuera el que fuera, estaría tan lejos de él que no valdría la pena mencionarlo. Matemático, astrónomo, químico, geodesta, topógrafo, cartógrafo, especialista en metrología y espectrografía, ingeniero, inventor; psicólogo, filólogo, lexicógrafo, historiador de la ciencia, matemático economista, estudiante de medicina a lo largo de toda su vida; crítico literario, dramaturgo, actor, escritor de cuentos; fenomenólogo, semiótico, lógico, retórico, metafísico —y ahora, Sebeok añade ¡detective!—. Fue, para poner algunos ejemplos, el primer psicólogo experimental moderno de América, el primer metrólogo que usó una longitud de onda de luz como unidad de medida, el descubridor de la proyección quincuncial de la esfera, el primero, conocido, que diseñó e ideó la teoría de una calculadora con un circuito de encendido eléctrico, y el fundador de «la economía de investigación». Es el único filósofo en América con un sistema formado que ha sido productivo y a la vez competente en lógica, matemática, y un amplio abanico de materias científicas. En este sentido, si ha tenido iguales en la historia de la filosofía, no son más de dos.

Peirce (pronunciado Pers) nació en Cambridge, Massachussets, en 1839. Su padre era profesor de matemáticas y astronomía en Harvard College. Así, Charles creció en el círculo científico de Cambridge. Adquirió el grado de bachiller en Harvard en 1859, y se graduó en química con la calificación de *summa cum laude* en el Lawrence Scientific School en 1863. Trabajó como, 1) investigador científico en la Coast and Geodetic Survey, 1859-1860, 1861-1891, y al mismo tiempo trabajaba en el observatorio del Harvard College, 1867-1875; 2) crítico, especialmente de libros científicos, de filosofía y de matemáticas en *The Nation,* 1869-1908 (y paralelamente en el neoyorquino *Evening Post*, 1890-1908); y 3) lector de lógica en The Johns Hopkins University, 1879-1884. Dio varios ciclos de conferencias en la Harvard University en 1865, 1869-1870, 1903 y 1907, y en el Lowell Institute de Boston en 1866, 1892-1893 y 1903; uno de los cursos de las «Cambridge Conferences» en 1898; y, ocasionalmente, dio conferencias en otros lugares. Fue uno de los principales colaboradores de *The Century Dictionary* en seis volúmenes, 1889-1891 y del *Dictionary of Philosophy and Psychology* de Baldwin, en dos volúmenes, 1901-1902. Fue elegido amigo de la American Academy of Arts and Sciences en 1867, miembro de la London Mathematical Society en 1880. Debido a sus trabajos en la Coast and Geodetic

Survey permaneció durante cinco temporadas al otro lado del Atlántico, sumando en total tres años de los trece que van de 1870 a 1883. Representó a los Estados Unidos en el encuentro de la International Geodetic Association y de esta manera se convirtió en el primer delegado americano de una asociación científica internacional. Dirigió más de un centenar de tesis doctorales, y escribió treinta libros y un millar de artículos y capítulos relacionados con distintos aspectos de su trabajo.

Las ediciones más extensas de sus escritos son 1) los ocho volúmenes de *Collected Papers* (Harvard University Press), los volúmenes l-6 editados por Charles Hartshorne y Paul Weiss, 1931-1935, y los volúmenes 7-8 por Arthur W. Burks, 1958 (citados normalmente por el número de volumen y párrafo) ; 2) los cuatro volúmenes de *The New Elements of Mathematics* (Mouton) editados por Carolyn Eisele, 1976; y 3) los tres volúmenes de *Contributions to «The Nation»* (Texas Tech Press. Lubbock) editados por Kenneth L. Ketner y James E. Cook, 1975-1979. El archivo más completo de manuscritos y correspondencia de Peirce se encuentra en The Houghton Library de Harvard University ; véase el *Annotated Catalogue of the Papers of Charles Peirce* de Richard S. Robin (University of Massachusetts Press, 1967) y *«The Peirce Papers: A Supplementary Catalogue» (Transactions of The Charles S. Peirce Society* 7:37-57, 1971). Los microfilmes de la mayor parte de estos documentos son accesibles en el Harvard University Library Photoduplication Department. Existe, también, una edición casi completa en microfichas de los escritos que el mismo Peirce publicó, acompañada de una *Bibliography* impresa, tanto básica como especializada (Institute for Studies in Pragmaticism. Texas Tech University, Lubbock), editada por Ketner y cols., 1977. La edición en veinte volúmenes de una nueva selección de escritos de Peirce, publicados e inéditos, con ordenación cronológica, empezó a publicarse en 1980 en la Indiana University Press. El primer volumen cubre los años que van de 1857 a 1866, y gran parte de los escritos se imprimieron por primera vez.

El episodio de la vida de Peirce que llevó a los autores de este libro a compararlo con Sherlock Holmes ocurrió hace cien años, en 1879, mientras Peirce estaba al servicio de la Coast and Geodetic Survey. Fue uno de sus siete años más productivos. Pongamos dos breves ejemplos: 1) su «Note on the Theory of the Economy of Research», que inauguró una nueva rama en la Economía, apareció en el informe anual de la Survey hacia 1876 y se publicó en 1879. 2) «A Quincuncial Projection of the Sphere» apareció en el *American Journal of Mathematics.* (Durante la segunda guerra mundial, la Survey publicó una nueva y más completa edición del mapa titulado «Peirce's World-Quincuncial Projection»; era el mejor mapa internacional de rutas aéreas. Y en 1963, la Survey botó un barco de investigación que actualmente está al servicio de la National Oceanic and Atmospheric Administration.)

Benjamin Peirce, el matemático más importante del momento, que hacía poco había sido nombrado superintendente de la Coast Survey, inició a Charles en los métodos de la detección, doce años antes, en la primavera de 1867, a raíz del caso del testamento de Sylvia Ann Howland. Fue uno de los casos más famosos que nunca se llevara a juicio y, entre otras muchas cosas, el testimonio aportado por los Peirce fue el más célebre. El asunto en cuestión consistía en saber: 1) si las firmas de Miss Howland, que aparecían en las dos copias de la «segunda página» del codicilo de un testamento anterior, eran verdaderas o fueron falsificadas trazando su firma en el mismo testamento, y 2) en el caso de ser verdaderas si el codicilo invalidaba el testamento posterior, mucho menos favorable a su sobrina, Hetty H. Robinson. Los Peirce se enfrentaron con la primera de estas cuestiones. Bajo la dirección de su padre, Charles examinó ampliaciones fotográficas de cuarenta y dos firmas verdaderas por las coincidencias que presentaban en la posición de sus treinta pulsaciones. En 25830 comparaciones diferentes de pulsaciones, halló 5325 coincidencias, según lo cual la frecuencia relativa de las coincidencias era inferior a una quinta parte. Aplicando la teoría de las probabilidades, su padre calculó que una coincidencia en las firmas verdaderas tan perfecta como la que se daba entre las del codicilo, o entre cualquiera de ellas y las del testamento en cuestión, sólo se daría una vez de cada cinco a treinta comparaciones. El juez no estaba preparado para basar su juicio en la teoría de probabilidades, aunque dictaminó en contra de Miss Robinson en la segunda cuestión planteada. (Sin embargo, ésta se casó con Edward H. Green después de 1867 y, como Hetty Green, estaba en camino de llegar a ser «la bruja de Wall Street».) En un largo artículo sobre «The Howland Will Case» que apareció en la *American Law Review* (julio de 1870) se apuntó: «En el futuro, las fantásticas historias de Poe podrán considerarse insignificantes imitaciones.»

Entre los manuscritos conservados de Peirce, la relación más temprana del episodio de 1879 que pretendió publicar se hallaba en el borrador de un documento de 1904, «On the Simplest Possible Branch of Mathematics». El resto de este documento apareció por primera vez en 1976, en *The New Elements of Mathematics,* vol. I, págs. 158-169.

La relación más detallada del episodio, con mucho, y la única publicada hasta el momento, apareció en un ensayo titulado «Guessing», escrito durante la primavera de 1907, veintiocho años después de que ocurriera. Se publicó por primera vez en la revista, de corta vida, *Hotend and Horn* en 1929, quince años después de la muerte de Peirce y cincuenta después del acontecimiento. (Otros fragmentos de este ensayo se reimprimieron en *Collected Papers* 7.36-418 en 1958, aunque se omitió esta

parte central que tan sólo se mencionó brevemente en una nota editorial a pie de página.)

Muy pocos especialistas en Peirce han consultado la *Hound and Horn*. Así pues, se ha mantenido intacta para los autores del presente trabajo una centuria después del episodio, para remitirnos al «Guessing», y de esa manera presentar a Holmes a sus entusiastas como un gran filósofo, y al mismo tiempo dar la oportunidad a los admiradores de Peirce de leer sus otros escritos con ojos nuevos.

La extrema variedad del trabajo de Peirce respondía a un propósito y tenía un meollo. El meollo era la lógica, concebida primeramente como una rama de otra rama de la semiótica pero, eventualmente, casi coextensiva con ella, aunque con un énfasis distinto al que hacen los semióticos que no son lógicos.

El propósito era distinguir los distintos tipos de semiosis, o funciones-signo, y a partir de ellas hacer el estudio más completo posible de argumentaciones en particular y de sus funciones en las Matemáticas y en las Ciencias. El descubrimiento sencillo, y el más importante a la vez, fue que lo que él denominaba *hipótesis* primero, y *abducción* o *retroducción* después, es un tipo de argumentación diferente tanto de la deducción como de la inducción, e indispensable tanto en las Matemáticas como en las Ciencias. Este descubrimiento, no posterior a 1866, y uno de los puntos más importantes del volumen I de la nueva edición, nos pondrá sobre los pasos que le llevarán a ello.

Prescindiendo del nombre técnico y de la definición de este tercer tipo de argumentación y de su función exacta, aparte de las relaciones con los otros dos, su propia esencia es lo que permite que se lo denomine coloquialmente adivinar. Comparar al histórico Peirce con el ficticio Sherlock Holmes como detectives y como elaboradores de la teoría de la investigación detectivesca no es sólo un pasatiempo divertido para los entusiastas de Holmes, sino también la mejor manera que existe para los lectores aún no familiarizados con Peirce de introducirse en su filosofía.

La mayor parte de la gente, incluso la que está familiarizada con los escritos de Peirce, conoce tan sólo fragmentos sueltos de su obra. Lo más probable es que un filósofo, por ejemplo, le conozca como el fundador del pragmatismo, y un semiótico como el fundador (o como uno de los dos o tres fundadores) de la semiótica actual. Pero ni los filósofos ni los semióticos parecen darse cuenta de que su pragmatismo es un teorema de la semiótica, y de que gran parte de sus estudios sobre semiótica pretenden perfeccionar su prueba de aquel teorema. La exposición más lúcida de su argumento acaso sea la que escribió durante la primavera de 1907, en

forma de extensa carta sin título que envió al editor de *The Nation.* «Guessing» es un vástago de aquella carta que no pudo reducirse a su escala. Aproximadamente cuando la carta estuvo acabada, Peirce se enteró de que a Bliss Perry, el editor de *Atlantic Monthly* le interesaba y se la envió junto con el «Guessing». No le aceptaron ni una ni otro. Peirce las recuperó pronto y envió la carta a *The Nation,* ahora el editor era Paul Elmer More, sucesor de Wendell Phillips Garrison. La carta nunca se imprimió y, hasta donde nosotros sabemos, el autor nunca llegó a recuperarla.

Sin embargo, trescientas cincuenta páginas de borrador se conservan en el manuscrito 318, y los editores de los *Collected Papers* ensamblaron dos borradores justo hasta antes de la última frase de CP 5.481 para formar lo que llamaron «A Survey of Pragmaticism» (CP 5.464-96). Los mejores fragmentos del manuscrito 318 continúan inéditos, y si bien buena parte de los lectores captan, tal vez, alguna relación entre la semiótica y el pragmatismo, no ocurre así con éstos y el papel que desempeña el «Guessing» en la investigación detectivesca. Así pues, la fragmentación sigue.

¿Por dónde, pues, debería empezar un principiante? Le sugiero que lo haga por la presente obra, y luego que siga por CP 7.36-48, por la mayor parte del «Guessing»; ya que, como apunta el epígrafe peirciano de Sebeok: «Debemos conquistar la verdad con conjeturas, o no podremos conquistarla.»

MAX H. FISCH

## 1. C. S. Peirce — Agencia de detectives

El viernes 20 de junio de 1879, Charles S. Peirce se embarcaba en un vapor, el *Bristol,* de la Fall River Line, de Boston, en dirección a Nueva York, donde debía asistir a una conferencia el día 21. A la mañana siguiente, recién llegado a su destino, sintió en la cabeza lo que él describe como «una sensación extrañamente borrosa»; atribuyó la causa al aire viciado de su camarote. Se vistió apresuradamente y abandonó el barco. Con las prisas, olvidó su abrigo y un reloj de pulsera Tiffany que le había regalado el gobierno de Estados Unidos por sus servicios en la Coast Survey. Pronto se dio cuenta de su distracción y se apresuró a volver al barco con el único propósito de recuperar lo que había perdido; en ese momento, enfrentado con lo que pensó que sería una «deshonra profesional para el resto de su vida» si no conseguía recuperar el reloj en las mismas perfectas condiciones en que lo había recibido, nos cuenta que, habiendo «entonces hecho venir a todos los camareros de color, sin tener en cuenta a qué cubierta pertenecían, los había hecho poner en fila...»

> Fui de un lado a otro de la fila y hablé un poco con cada uno, tan *dégagé* como pude, de cualquier cosa sobre la que él (el ladrón) pudiera hablar con interés, pero lo que menos esperaría de mí era que sacara el tema, esperando que yo fuera tan loco como para ser capaz de detectar alguna pista que me indicara quién era el ladrón. Cuando ya había ido de un lado a otro de la fila, me volví y me separé de ellos pero sin alejarme, y me dije a mí mismo «no tengo ni la más pequeña luz hacia la que dirigirme». Pero, entonces, mi otro yo (pues los dos están siempre comunicándose, dialogando) me dijo «simplemente tienes que señalar a un hombre. No importa si no aciertas, debes decir quién crees que es el ladrón». Hice un pequeño rodeo en mi camino, lo que no me llevó ni un minuto, y cuando me giré hacia ellos, toda sombra de duda se había desvanecido. No hay autocrítica alguna, todo está fuera de lugar.[1]

Tomando aparte al sospechoso, Peirce era incapaz de persuadirlo de que le devolviese lo que le pertenecía, ni con la razón, ni con amenazas, ni siquiera prometiéndole cincuenta dólares. Entonces «bajó corriendo al muelle y un taxista le condujo tan rápidamente como pudo a la agencia Pinkerton». Quería ver a Mr. Bangs, jefe de la rama neoyorquina de esta famosa agencia de detectives, y nos describe la entrevista que siguió:

[1] Charles S. Peirce, «Guessing», *Hound and Horn,* abril, junio, 1929, pág. 271.

> «Mr. Bangs, un negro de la Fall River Line, llamado tal y tal (le di su nombre) me ha robado el reloj, la cadena y un abrigo. El reloj es un Charles Frodsham y éste es su número. El ladrón huyó del barco a la una en punto, e irá inmediatamente a empeñar el reloj, por el que le darán cincuenta dólares. Quiero que se convierta en su sombra y que tan pronto como tenga en su poder la papeleta de empeño haga que lo arresten.» Mr. Bangs dijo: «¿Qué le induce a pensar que es él quien le robó el reloj?» «¿Por qué? —dije—. No tengo ningún motivo para pensarlo; pero estoy totalmente convencido de que es así. Ahora bien, si él no fuera a una tienda de empeño para librarse del reloj, como estoy seguro de que pretende hacer, se zanjaría la cuestión y usted no deberá dar ningún paso más. Pero sé que pretende hacerlo. Le he facilitado el número del reloj y aquí está mi tarjeta. Puede arrestarlo sin temor a equivocarse.»[2]

Se asignó un hombre de la agencia Pinkerton para este caso, pero se le había dado órdenes de que «actuara según sus propias deducciones» y que no siguiera ciegamente las sospechas de Peirce acerca de quién era el culpable. El detective, tras haber revisado los antecedentes personales de cada uno de los camareros de la Fall River, empezó a vigilar a un hombre aunque no al sospechoso de Peirce. Fue una falsa pista.

Así pues, cuando el detective llegó a un callejón sin salida en su investigación, Peirce volvió a visitar al señor Bangs, quien le aconsejó que enviara tarjetas de aviso a todos los prestamistas de Fall River, Nueva York y Boston, ofreciendo una recompensa si recuperaba el reloj. Envió las tarjetas por avión el 23 de junio. Al día siguiente, Peirce y el agente de la Pinkerton recuperaron el reloj gracias a un abogado de Nueva York que les envió a un prestamista que había contestado a su oferta de recompensa. El propio prestamista «describió tan plásticamente al individuo que había empeñado el reloj que no cupo la menor duda de que había sido mi (el de Peirce) hombre».[3]

Entonces Peirce y el detective se encaminaron hacia el alojamiento del sospechoso con la intención de recuperar también la cadena y el abrigo perdidos. El detective estaba poco dispuesto a entrar en la casa sin un suboficial, de modo que Peirce, disgustado ante la ineptitud del agente, entró solo, avisándole confidencialmente de que volvería exactamente al cabo de veinte minutos con los objetos que le pertenecían. Peirce describe los acontecimientos que siguieron:

---

[2] *Ibíd.*, pág. 273.
[3] *Ibíd.*, pág. 275.

> Subí los tres pisos y llamé a la puerta de la casa. Me abrió una mujer amarilla; pero otra de aproximadamente la misma complexión estaba justo detrás de ella, sin sombrero. Entré y dije, «su marido ahora mismo está camino de Sing Sing por haberme robado un reloj. Sé que la cadena y el abrigo, que también me robó, están aquí y vengo a buscarlos». Acto seguido las mujeres empezaron a chillar amenazándome con enviarme inmediatamente a la policía. No recuerdo exactamente lo que dijeron, sólo sé que yo actué con frialdad y les expliqué que se equivocaban si pensaban llamar a la policía, pues esto no haría sino perjudicar a su marido. Porque desde ese momento yo sabía exactamente dónde estaban mi cadena y mi abrigo y estarían en mi poder antes de que la policía llegara... En aquella habitación no vi ningún sitio donde pudiera estar la cadena, y entré en otra. Había pocos muebles aparte de una cama de matrimonio y un baúl de madera en el rincón más apartado de la cama. Dije, «Bien, mi cadena está en el fondo de aquel baúl, bajo la ropa; voy a cogerla...». Me arrodillé y afortunadamente el baúl estaba abierto. Al ir sacando la ropa, iba acercándome a mi cadena. La até inmediatamente a mi reloj y mientras lo hacía me di cuenta de que la segunda mujer (que no llevaba sombrero) había desaparecido, a pesar del enorme interés que había puesto al principio en mi manera de proceder. «Ahora —dije—, tan sólo me falta encontrar mi abrigo»... La mujer meneó los brazos de izquierda a derecha y dijo, «Le invito a registrar toda la casa». Yo le contesté, «estoy en deuda con usted, señora, por este tan extraordinario cambio de tono que ha experimentado desde que empecé a hurgar en el baúl y con ello me convence de que el abrigo no está aquí...». Así pues, salí del piso y entonces me di cuenta de que había otra vivienda en el mismo rellano.
>
> Aunque no puedo recordarlo con exactitud, creo que estaba convencido de que la desaparición de la otra mujer estaba relacionada con la visible complacencia de que yo buscaría el abrigo en el piso del que había salido. Ciertamente pensaba que la otra mujer no vivía lejos de allí. Así pues, me dispuse a llamar a la puerta de enfrente. Dos jóvenes amarillas, o amarillentas, me abrieron. Miré por encima de sus hombros y vi un reservado, bastante respetable, con un hermoso piano. Y encima del piano había un paquete bien hecho, con la medida exacta y forma justa para contener mi abrigo. Le dije, «he llamado a la puerta porque aquí hay un paquete que me pertenece; oh sí, ya lo veo; sólo pretendo cogerlo». De esta manera, cortésmente, las aparté para poder entrar, cogí el paquete, lo abrí, encontré mi abrigo y me lo puse. Bajé a la calle, y llegué hasta donde estaba mi detective aproximadamente quince segundos antes de que mis veinte minutos hubieran transcurrido.[4]

El considerable aplomo de Peirce adquiere encantadora expresión en una carta que envió al superintendente C. P. Patterson, de la Coast Survey, el mismo día, un poco más tarde:

[4] *Ibíd.*, págs. 275-277.

> Debo decirle que al llegar aquí el pasado sábado me robaron el reloj, propiedad de la Survey... Al instante me puse manos a la obra para encontrarlo y, felizmente, esta tarde lo he recuperado. Espero fervientemente capturar al ladrón mañana por la mañana antes de las siete...

Al día siguiente, 25 de junio, Peirce escribió al superintendente Patterson: «Los dos negros que robaron el reloj han sido llamados a juicio, hoy. Se ha recuperado todo. El ladrón es el mismo hombre del que sospechaba a pesar de la opinión contraria del detective.»

Como resaltó mucho más tarde en una carta a su amigo y discípulo William James (1842-1910), filósofo y psicólogo en Harvard, este episodio sirvió para ilustrar la «teoría de por qué esta gente conjetura acertadamente tan a menudo». «Este singular instinto a conjeturar»[5] o la inclinación a abrigar una hipótesis, más comúnmente llamada por Peirce abducción[6] o retroducción, se describe como una «peculiar ensalada... cuyos principales ingredientes son su falta de fundamento, su omnipresencia y su valiosa confianza».[7] En cuanto a su omnipresencia, Peirce escribe:

> En esta maravillosa mañana de primavera veo a través de la ventana una azalea en plena floración. ¡No, no!, esto no es lo que veo; pero es de la única manera que puedo describir lo que veo. Esto es una proposición, una frase, un hecho. Pero lo que percibo no es una proposición, ni una frase, ni un hecho sino sólo una imagen que hago inteligible, en parte, mediante una declaración sobre el hecho. Esta declaración es abstracta, pero lo que veo es concreto. Hago una abducción siempre que expreso en una frase lo que veo. La verdad es que la fábrica de nuestro conocimiento, en su totalidad, es un espeso filtro de pura hipótesis confirmada y limada por la inducción. El conocimiento no puede dar ni el más pequeño paso adelante con sólo la observación, debe hacer a cada momento abducciones.[8]

---

[5] *Ibíd.,* pág. 281.

[6] «...la abducción no es, después de todo, sino conjetura», escribió en otra parte (*Collected Papers* 7.219; véase Ms. 692). Compárese con las notas explicativas de Chomsky, en relación a la abducción, que concierne al «filósofo de quien (se siente) muy cerca»: «Peirce argumenta que para considerar el desarrollo del conocimiento, se debe asumir la idea de que «la mente humana tiene una natural capacidad para imaginar correctamente algunas teorías», cierto principio de «abducción» que «pone los límites a la hipótesis admisible», una especie de «instinto», desarrollado a lo largo de la evolución. Las ideas de Peirce sobre la abducción eran bastante vagas, y su sugerencia de que las estructuras biológicas concretas desempeñan un papel básico en la selección de las hipótesis científicas parece haber tenido muy poca influencia. Por lo que yo sé, nadie ha llevado adelante estas ideas, aunque se han desarrollado nociones similares en varias ocasiones» (*Language and Responsability* [1979], pág. 71).

[7] Peirce, Ms. 692.

[8] *Ibíd.*

Así, cualquier nuevo conocimiento depende de la formación de una hipótesis; «sin duda alguna, al principio no parece haber, en absoluto, espacio para la cuestión que le da soporte, puesto que de un hecho actual sólo se infiere un *puede-ser* (*puede-ser* y *puede no-ser*). Pero existe una tendencia hacia el lado afirmativo y la frecuencia con que esto deja de ser un hecho actual es... la más sorprendente, casi, de las maravillas del universo».[9] Si comparamos nuestra capacidad de abducción con «las facultades musicales y aeronáuticas de un pájaro, podemos afirmar que aquélla es para nosotros como éstas para ellos, el más alto de nuestros poderes simplemente intuitivos».[10] Peirce dice que «la retroducción aumenta las posibilidades de que exista suficiente afinidad entre la mente del razonador y la naturaleza sobre la que se conjetura de manera no totalmente inútil, considerando que cada conjetura se restringe al compararse con la observación».[11]

En otra parte, Peirce sostenía que la habilidad de un polluelo recién salido del cascarón para picotear la comida, «eligiendo la manera de picotear, y picoteando lo que se propone picotear», aunque «no razona porque no actúa intencionadamente», es «desde todos los puntos de vista excepto ese... exactamente como una inferencia abductiva», y, más adelante, hace remontar las ciencias físicas y sociales a los instintos animales para conseguir comida y reproducirse, respectivamente.[12] La retroducción es un tipo de comportamiento instintivo, dos ejemplos clásicos del cual son la migración de los petirrojos y las colmenas de las abejas. Peirce denominaba *il lume naturale* al comportamiento aparentemente inteligente de los animales menos evolucionados y lo consideraba indispensable para la retroducción.[13] Peirce trató del instinto racional, animal y vegetal. Como Maryann Ayim apunta,[14] todos los niveles de la actividad instintiva «comparten este rasgo diferenciador —la actividad atiende a la supervivencia y bienestar de las especies como conjuntos, permitiendo a los miembros de éstas reaccionar apropiadamente ante las condiciones ambientales». Esta afirmación es válida para el hombre científico.

Hoy en día, en la opinión popular del mundo victoriano, el hombre científico se identifica, antes que con cualquier otro, con Sherlock Holmes, el primero que puso en práctica el método de la detección del crimen científico y el inventor de la

[9] Peirce, *Collected Papers* 8.238.
[10] Peirce, «Guessing», pág. 282.
[11] Peirce, *Collected Papers* 1.121.
[12] Peirce, Ms. 692.
[13] Para la noción «*lumière naturelle*», véase Maryann Ayim, «*Retroduction: The Rational Instinct*», *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, vol. 10, 1974, pág. 43.
[14] Ibíd., pág. 36.

celebrada «Ciencia de la deducción y el análisis». Refiriéndose a Holmes, Norwood Russell Hanson hizo una interesante observación: «A menudo, la fuerza del comentario de Holmes 'elemental, querido Watson' [sic][15] significa que el razonamiento en cuestión proviene de lo aceptado previamente a lo que se podía esperar. Pero, precisamente por eso los científicos y matemáticos argumentan a partir del final para llegar al principio de la página.»[16] Esta es una de las cosas que Peirce identificaba con la retroducción. Se parte de una anomalía inesperada para ir hacia un grupo de premisas, la mayor parte de las cuales son ya aceptadas.

> Un objeto determinado presenta una extraordinaria combinación de características de las que deberíamos obtener una explicación. El que exista alguna explicación sobre ellas es pura suposición; y si existe, no es sino un hecho oculto. Además, acaso exista un millón de posibilidades diferentes de explicarlas, a no ser que todas ellas sean, desgraciadamente, falsas. En las calles de Nueva York se encuentra un hombre apuñalado por la espalda. El jefe de policía puede abrir la guía telefónica, señalar un nombre cualquiera y suponer que aquél es el del asesino. ¿Hasta qué punto tal conjetura tendría valor? Pero el número de nombres de la guía no se aproxima a la multitud de posibles leyes de atracción que podría haber tenido en cuenta Keppler para su ley del movimiento planetario y, adelantándose a la verificación por las predicciones de las perturbaciones, etc., lo habrían tenido en cuenta para perfeccionarlo. Newton, ustedes lo saben, supuso que la ley debía ser sólo una. Pero ¿qué es esto sino una acumulación de conjeturas? Seguramente, en la naturaleza hay, con mucha diferencia, más fenómenos complejos que simples... No hay mayor justificación para plantear [una abducción] que una interrogación.[17]

Abducción, es decir, retroducción —«nombre simple», según confiesa el propio Peirce— es, de acuerdo con una de las formulaciones más tardías de éste, quien parece debe mucho al filósofo británico George Berkeley (1685-1753), un medio de comunicación entre el hombre y su Creador, un «privilegio divino» que debe cultivarse.[18] Para Peirce, «de acuerdo con la doctrina de los cambios, sería prácticamente imposible para alguien adivinar, por pura casualidad, la causa de un fenómeno», y por tanto supone que no puede «existir ninguna causa razonable para el hecho de que la mente humana, habiéndose desarrollado bajo la influencia de las leyes de la naturaleza, piense algo que esté fuera de las normas de la naturaleza».[19] «Es evidente —escribe—, que si el hombre no poseyera una luz interior tendente a conjeturar... demasiado a menudo acertadamente (por lo que no puede pensarse en el

---

[15] Holmes, ¡ay!, nunca dijo eso. Nunca dijo, «Elemental, mi querido Watson», tampoco.
[16] Norwood Russell Hanson, *Perspectives on Peirce (1965),* editado por Richard J. Bernstein, pág. 59.
[17] Peirce, Ms. 692.
[18] Carolyn Eisele, *The New Elements of Mathematics by Charles S. Peirce* (1976), vol. 3, pág. 206.
[19] Peirce, «Guessing», pág. 269.

azar), hace tiempo que la raza humana habría sido extinguida de la faz de la tierra por su incapacidad en la lucha por la existencia...»[20]

Además del principio según el cual la mente humana, como resultado de procesos evolutivos naturales, está predispuesta a conjeturar acertadamente sobre el mundo, Peirce propone otro principio conjetural para explicar parcialmente el fenómeno de hacer conjeturas, a saber, que «a menudo, de las deducciones extraemos fuertes indicaciones de la verdad, sin que podamos especificar qué circunstancias observadas nos llevaron a tales indicaciones».[21] Volviendo a la historia del reloj perdido, Peirce era incapaz de determinar conscientemente qué camarero de la Fall River era el culpable. Durante su breve entrevista con cada uno de ellos se mantuvo, como pudo, «en un estado pasivo y receptivo»[22] y tan sólo cuando tuvo que formular lo que parecía una conjetura ciega se dio cuenta de que, de hecho, el ladrón había dejado algunas pistas inconscientemente y de que él mismo había percibido las señales reveladoras, «habiendo hecho, inconscientemente, una discriminación y habiéndolo reconocido como un juicio real aunque ciertamente era una discriminación genuina».[23] Los procesos mediante los que nos formamos ideas sobre el mundo dependen, según la concepción de Peirce, de los juicios de la percepción, que contienen tales elementos generales que las proposiciones universales pueden deducirse de ellos. Basado en su trabajo experimental de psicología de la percepción, dirigido en Johns Hopkins University con el psicólogo Joseph Jastrow (1863-1944), por aquel entonces alumno suyo,[24] Peirce mantenía que estos juicios perceptivos son «el resultado de un proceso, aunque de un proceso no suficientemente consciente como para ser controlado, o, para decirlo con más precisión, no controlable y por tanto no totalmente consciente».[25] Los distintos elementos de una hipótesis están en nuestra mente antes de que seamos conscientes de haberla formulado, «pero es el hecho de ensamblar lo que antes nunca habíamos soñado ensamblar, lo que enciende la sugestión antes de nuestra contemplación».[26] Peirce describe la formación de una hipótesis como «un acto de *penetración*», de «sugestión abductiva» que se nos acerca «como un relámpago».[27] La única diferencia entre un juicio perceptivo y una deducción abductiva es que el primero no está sujeto al análisis lógico, al contrario que la última.

---

[20] Peirce, Ms. 692.
[21] Peirce, «Guessing», pág. 282. 22.
[22] *Ibíd.,* pág. 281.
[23] *Ibíd.,* pág. 280.
[24] Véase Peirce, .«Guessing» y *Collected Papers* 7.21-48.
[25] Peirce, *Collected Papers* 5.181.
[26] *Ibíd.*
[27] *Ibíd.*

> La deducción abductiva se confunde con el juicio perceptivo sin ninguna línea de separación delimitada entre ellos; o, en otras palabras, nuestras primeras premisas, los juicios perceptivos, deben entenderse como un caso extremo de deducciones abductivas, de las que difieren por estar absolutamente más allá de la crítica.[28]

En relación con el método científico, la abducción es, según Peirce, «meramente preparatoria», o «el primer paso del razonador científico».[29] Los otros «tipos fundamentalmente diferentes de razonamiento» en la ciencia son la deducción y la inducción.[30] En resumen, la adopción de una hipótesis o una proposición que pueda llevar a la predicción de que parecen ser hechos sorprendentes se llama *abducción*. El camino por el que se trazan los probables y necesarios resultados experimentales de nuestra hipótesis se llama *deducción. Inducción* es el nombre que Peirce da a la prueba experimental de la hipótesis.

Peirce también llama a la abducción «Argumento original» ya que es, de las tres formas de razonamiento, el «único tipo de argumento con el que surge una idea nueva»,[31] y, en realidad, «su única justificación es que si alguna vez queremos entender totalmente las cosas, debe ser a partir de él».[32] De igual manera, «la deducción y la inducción nunca pueden aportar la más mínima información a los datos de la percepción; y... las meras percepciones no constituyen ningún conocimiento aplicable a ningún uso práctico o teórico. Lo que hace que el conocimiento se presente por la *vía de la abducción*».[33]

La abducción es un instinto que se apoya en la percepción inconsciente de conexiones entre aspectos del mundo, o, en otros términos, comunicación subliminal de mensajes. También aparece asociada o, mejor dicho, produce, según Peirce, un cierto tipo de emoción, que lo diferencia tanto de la inducción como de la deducción.

> La hipótesis viene a cambiar una complicada maraña de predicados sobre un tema por una concepción simple. En un momento, se da una sensación peculiar unida al acto de pensar en la que cada uno de los predicados están implicados en el tema. En una inferencia hipotética, esta sensación compleja tan frecuente es reemplazada por una única sensación de mayor intensidad, que pertenece al acto de formular la conclusión hipotética. Ahora bien, cuando nuestro sistema nervioso está excitado de

[28] *Ibíd*. véase 6.522, Ms. 316.
[29] *Ibíd*. 7.218.
[30] Véase la discusión en *Collected Papers* 1.65-68, 2.96-97, 5.145, 7.97, 7.202-7.
[31] *Ibíd*. 2.97.
[32] *Ibíd*. 5.145.
[33] Peirce, Ms. 692.

> manera compleja, existiendo relación entre los diferentes elementos de la excitación, el resultado es una única perturbación armoniosa que se llama emoción. De este modo, los sonidos varios que emiten los instrumentos de una orquesta afectan al oído, y el resultado es una peculiar emoción musical, bien distinta de los propios sonidos. Esta emoción es esencialmente la misma que se produce en una inferencia hipotética, y cada inferencia hipotética supone la formación de tal emoción. Sin embargo, podemos decir que la hipótesis aporta el elemento sensual de pensamiento, y la inducción el elemento *habitual*.[34]

De ahí, la sensación de una cierta confianza y convicción de exactitud que Peirce relaciona con su trabajo como detective.

[34] Peirce, *Collected Papers* 2.643.

## 2. Sherlock Holmes — Centro de semiótica

La explicación que da Peirce del método con el que recuperó su reloj robado se parece sorprendentemente a las descripciones que el doctor Watson hace de Sherlock Holmes cuando actúa, aunque no haya ningún indicio directo, que sepamos, de que Peirce hubiera leído alguno de los relatos sobre Holmes, ni de que hubiera conocido a Sir Arthur Conan Doyle. Es probable, sin embargo, que Peirce hubiera oído algo, al menos, sobre los primeros relatos de Holmes. *A Study in Scarlet* fue publicado en Nueva York por Ward, Lock en 1888, y en 1890 *The Sign of Four* apareció en *Lippincott's Magazine,* principal competidor de *Atlantic Monthly,* que sabemos que Peirce había leído. Además, Doyle estaba ya de moda en los Estados Unidos hacia 1894, cuando los escritores famosos pasaban en aquel país dos meses dando una serie de conferencias y visitando a sus colegas americanos. Peirce había crecido tanto junto a escritores y artistas cuanto a hombres de ciencia. En una carta del 31 de enero de 1908 escribió:

> Mi padre era un hombre liberal, éramos amigos íntimos de literatos. William Story, el escultor, Longfellow, James Lowell, Charles Norton, Wendell Holmes, y de vez en cuando Emerson, aparecen entre mis primeros recuerdos.[35]

Peirce, ya adulto, está al tanto de la literatura contemporánea puesto que menciona con frecuencia, en sus reseñas en *The Nation,*[36] tanto a autores europeos como americanos de su tiempo. Edgar Allan Poe (1809-1849), además, parece haber sido uno de sus autores favoritos.[37]

Peirce, a juzgar por sus referencias a *The Murders in the Rue Morgue* de Poe, era aficionado a las narraciones policíacas. Por supuesto, se suele reconocer que Sherlock Holmes está, en parte, basado en el Dupin de Poe,[38] pero J. L. Hitchings, en su artículo sobre Holmes como lógico, apunta certeramente «que a diferencia de

---

[35] Charles S. Hardwick, ed., *Semiotic and Significs: The Correspondence between Charles S. Peirce and Victoria Lady Welby,* 1977, pág. 113.

[36] Kenneth Laine Ketner y James Edward Cook, eds., *Charles Sanders Peirce: Contributions to The Nation.* Primera parte: 18691893, 1975.

[37] Peirce, *Collected Papers* 1.251, 6.460; Ms. 689, Ms. 1.539.

[38] Véase, por ejemplo: Régis Messac, *Le «Détective Novel» et l'influence de la pensée scientifique* (1929), págs. 596-602, Pierre Nordon, *Conan Doyle* (1966), págs. 212 ss. Trevor Hall, *Sherlock Holmes and His Creator* (1978), pág. 76.

Dupin, hijo del ingenio de un matemático y un poeta, Sherlock Holmes, incluso en su momento más teórico, es el descendiente del talento de un médico, tiene siempre los pies firmemente en el suelo».[39] Además de su especializada educación médica, Arthur Conan Doyle se siente absorbido por el entusiasmo general que la ciencia despierta en la Inglaterra de su tiempo. Hacia la mitad del siglo xix, la ciencia había llegado a ser una parte esencial, a todos los niveles, del pensamiento inglés y en general, existía una «corriente dominante de racionalismo positivista».[40] El mismo Conan Doyle nos informa de que «debe recordarse que éstos eran los años en que Huxley, Tyndall, Darwin, Herbert Spencer y John Stuart Mill eran nuestros principales filósofos, y que incluso el hombre de la calle sintió la fuerte corriente arrolladora de su pensamiento... ».[41]

Hitchings compara explícitamente la lógica de Holmes con la de Mill: «el método habitual (de Holmes) para resolver estos problemas difíciles es su propia versión ampliada del "método de los residuos" de Mill».[42] Hitchings se equivoca, sin embargo, cuando señala que «la mayoría de los razonamientos de Holmes son casuales», citando la observación del propio detective: «el razonamiento de efecto a causa es menos frecuente y por tanto más difícil que el de causa a efecto».[43]

En la saga de Sherlock Holmes hay frecuentes referencias al detective como sabueso, particularmente en *A Study in Scarlet, The Dancing Men, The Bruce-Partington Plans* y *The Devil's Foot.* Por ejemplo, en *The Boscombe Valley Mystery,* Watson escribe:

> Cuando estaba lanzado por una pista fresca todavía, como aquélla, Sherlock Holmes se transformaba. Difícilmente le habrían reconocido quienes únicamente conocían al sosegado pensador y hombre lógico de Baker Street. Su rostro se acaloraba y ensombrecía. Contraía las cejas hasta dibujar con ellas dos líneas duras y negras, por debajo de las cuales centelleaban sus ojos con destellos acerados. Inclinaba la cara hacia el suelo, encorvaba los hombros, apretaba los labios y las venas de su cuello, largo y fornido, sobresalían como cuerdas de látigo. Las ventanillas de su nariz parecían dilatarse con un deseo de caza puramente animal, y su inteligencia se concentraba tan de lleno en el problema que tenía delante, que cualquier pregunta u observación que se le

[39] J. L. Hitchings, «*Sherlock Holmes the Logician*», *The Baker Street Journal (OLD SERIES),* abril de 1946, pág. 117.
[40] Messac, pág. 612; véase Nordon, pág. 244.
[41] Sir Arthur Conan Doyle, *Memories and Adventures* (1924), pág. 26.
[42] Hitchings, pág. 115.
[43] *Ibíd.,* págs. 115-116.

> hiciera resbalaba en sus oídos, o, a lo sumo, originaba como respuesta un gruñido impaciente.

Refiriéndose a este pasaje, Pierre Nordon comenta: «aquí vemos a un hombre transformado, rápidamente, ante nuestros propios ojos, en un sabueso, incluso parece casi haber perdido el habla, limitándose a emitir sonidos»[44] y, atendiendo a su instinto, a poderes no verbales de percepción y abducción.

Es mediante su intuición como Holmes puede formular sus hipótesis, aunque tiende a subsumir tanto el proceso perceptivo como el hipotético bajo el término de «Observación», como en el siguiente pasaje del capítulo titulado «The Science of Deduction» en *The Sign of Four*, donde Holmes y Watson discuten sobre un detective francés llamado François le Villard:

> [Holmes]: posee dos de las tres cualidades necesarias para ser un detective ideal. Tiene poder de observación y deducción. Carece sólo de conocimiento...
> [Watson]: ...pero usted habló hace un momento de la observación y deducción. Seguramente una implica, hasta cierto punto, a la otra.
> [Holmes]: ¿Por qué?, difícilmente... Por ejemplo, la observación me demuestra que ha estado usted en la oficina de correos de Wigmore Street esta mañana y la deducción me permite saber que una vez allí envió un telegrama.
> [Watson]: ¡Correcto!... pero confieso que no entiendo cómo ha llegado hasta aquí.
> [Holmes]: Es muy sencillo... es tan absurdamente sencillo que cualquier explicación es superflua; y ya puede servir para definir los límites de la observación y de la deducción. La observación me informa de que tiene usted una mancha un poco rojiza en el empeine del pie. Exactamente enfrente de la oficina de Wigmore Street han levantado el pavimento y echado tierra, que se encuentra en el camino de tal manera que es difícil evitar pisarla al entrar. La tierra tiene un peculiar tinte rojizo que no se encuentra, que yo sepa, en ninguna otra parte del vecindario. Esto es observación, el resto deducción.
> [Watson]: Así pues, ¿cómo logró deducir lo del telegrama?
> [Holmes]: Porque, desde luego sabía que no había escrito ninguna carta, ya que estuve sentado frente a usted toda la mañana. Además, en su mesa de despacho abierta, allí, veo que tiene una hoja de sellos y un grueso haz de postales. Así pues, ¿para qué entró en la oficina de correos sino para enviar un telegrama? Elimine todos los otros factores y el que queda debe de ser la verdad.

Luego, Watson obsequia a Holmes con una empresa incluso más difícil y, cuando el detective se luce otra vez, le pide que explique el proceso de su razonamiento. «Ah —replica Holmes—, es buena suerte. Sólo puedo decirle cuáles eran las posi-

[44] Nordon, pág. 217.

bilidades. No esperaba ser tan exacto.» Cuando Watson pregunta «¿eran meras conjeturas?», Holmes contesta «no, no, nunca hago conjeturas; es un hábito peligroso para la facultad lógica» y atribuye la sorpresa de su compañero a que «no sigue la sucesión de mi pensamiento, ni observa los pequeños hechos de los que pueden depender las grandes inferencias».

A pesar de tales negaciones, los poderes de observación de Holmes, su «extraordinario genio para la minuciosidad», tal como Watson lo define, y los de deducción están basados, en la mayoría de los casos, en una complicada serie de lo que Peirce habría llamado conjeturas. En el caso anterior, por ejemplo, Holmes sólo puede aducir que había probabilidad de que Watson entrara realmente en la oficina de correos, a que sólo paseara frente a ella. Además, Watson pudo haber entrado en la oficina de correos, sólo para arreglar algunos asuntos, para encontrarse con un amigo, etc.

Que Holmes está convencido de la importancia de estudiar los detalles para llevar a buen término una investigación se ve en el siguiente pasaje de *A case of Identity:*

> —Me pareció que observaba usted en ella muchas cosas que eran completamente invisibles para mí —le hice notar.
> —Invisibles, no, Watson, sino inobservadas. Usted no supo dónde mirar, y por eso se le pasó por alto lo importante. No consigo convencerle de la importancia de las mangas, de lo sugerentes que son las uñas de los pulgares, de los problemas que sé solucionan por un cordón de los zapatos. Vamos a ver: ¿qué dedujo usted del aspecto exterior de esa mujer? Descríbamelo.
> —Bien, llevaba un sombrero de paja, de alas anchas y de color pizarra, con una pluma de color rojo ladrillo. Su chaqueta era negra, adornada con abalorios negros con una orla de pequeñas cuentas de azabache. El vestido era de color castaño, algo más oscuro que el café, con una pequeña tira de felpa purpúrea en el cuello y en las mangas. Sus guantes tiraban a grises, completamente gastados en el dedo índice de la mano derecha. No presté atención a sus botas. Ella es pequeña, rechoncha, con aretes de oro en las orejas y un aspecto general de persona que vive bastante bien, pero de manera vulgar, cómoda y sin preocupaciones.
> Sherlock Holmes palmeó suavemente con ambas manos y se rió por lo bajo.
> —Por mi vida, Watson, que está usted haciendo grandes progresos. Lo ha hecho usted pero que muy bien. Es cierto que se le ha pasado por alto todo lo importante, pero ha dado usted con el método y posee una visión rápida del color. Nunca confíe en las impresiones generales, amigo, concéntrese en los detalles. Lo primero que miro de una mujer son las mangas. En el hombre, quizá, tenga más importancia la rodillera del pantalón. Según ha podido usted advertir, esta mujer lucía felpa en las mangas, y la felpa es un material muy útil para descubrir rastros. La doble línea, un poco más arriba de la muñeca, en el sitio donde la mecanógrafa hace presión contra

> la mesa, estaba perfectamente marcada. Las máquinas de coser movidas a mano dejan una señal similar, pero sólo sobre el brazo izquierdo y en la parte más delgada del dedo pulgar, en vez de marcarla cruzando la parte más ancha, como la tenía ésta. Seguidamente, miré su cara, y descubrí en ambos lados de la nariz la señal de unas gafas de pinza, todo lo cual me permitió aventurar mi observación sobre la cortedad de vista y la escritura, lo que pareció sorprender a la joven.
> —También a mí me sorprendió.
> —Sin embargo, saltaba a la vista. Me sorprendió mucho, tras esto, y me interesó, al mirar hacia abajo, el observar que, a pesar de que las botas no eran de distinto número, sí que estaban desparejadas y a medio abrochar; no significa gran cosa el deducir que salió con mucha prisa.
> —¿Y qué más? —le pregunté.
> —Advertí, de pasada, que había escrito una carta antes de salir de casa, pero cuando estaba ya totalmente vestida. Usted se dio cuenta de que el dedo índice de la mano derecha de su guante estaba roto, pero no se fijó, por lo visto, en que tanto el guante como el dedo estaban manchados de tinta violeta. Había escrito con mucha prisa, y había metido demasiado la pluma en el tintero. Esto debió de ocurrir esta mañana, pues de lo contrario la mancha de tinta no estaría fresca en el dedo. Todo esto resulta divertido, aunque sea elemental, Watson.

Sherlock Holmes tiene tanto éxito en sus descubrimientos no porque no haga nunca conjeturas sino por lo bien que las hace. De hecho, sigue, inconscientemente, el consejo de Peirce para elegir la mejor hipótesis.[45] «Tengo una vieja máxima —declara Holmes—, cuando se ha excluido lo imposible, lo que queda, aunque improbable, tiene que ser la verdad» *(The Beryl Coronet;* véase *The Sign of Four, The Blanched Soldier, The Bruce-Partington Plans).* Era la misma máxima de Peirce: «los hechos no pueden explicarse por una hipótesis más extraordinaria que ellos mismos; y, de varias hipótesis, debe adoptarse la menos extraordinaria».[46] Parafraseando la discusión de Peirce podríamos decir que la mejor hipótesis es la más simple y natural, la más fácil y sencilla de probar, y, a pesar de esto, es la que contribuirá a la comprensión del más amplio grupo posible de hechos. En el

[45] Véase, por ejemplo: Peirce, *Collected Papers* 7.220-32.

[46] Peirce, Ms. 696. Martin Gardner describe este proceso tal como sigue: «De la misma manera que un científico intenta resolver un misterio de la naturaleza, Holmes, primero, recogía todas las evidencias que podía y eran relevantes para ese problema en concreto. Al mismo tiempo, hacía experimentos para obtener datos nuevos. Entonces, comprobaba la evidencia total a la luz de su vasto conocimiento del crimen, y/o ciencias relacionadas con él, hasta llegar a la hipótesis más probable. Se hacían las deducciones a partir de la hipótesis; entonces la teoría era puesta a prueba, además, ante las nuevas evidencias, revisadas si convenía, hasta que, finalmente, la verdad surgía con una probabilidad muy cercana a la certeza.» («The Irrelevance of Conan Doyle», *Beyond Baker Street* [1976] editado por Michael Harrison, pág. 125.)

episodio de la oficina de correos, las conjeturas que hace Holmes de los actos de Watson eran las más razonables en aquellas circunstancias.

Además, le permiten con el mínimo bagaje lógico, alcanzar un punto desde el cual, tras ulteriores observaciones, poder probar algunas de las predicciones extraídas de su hipótesis y de esta manera reducir el grupo de conclusiones posibles. En otras palabras, Holmes no sólo elige las hipótesis más sencillas y naturales sino que además «desmenuza una hipótesis en sus más pequeños componentes lógicos y arriesga, cada vez, sólo uno de ellos»; el procedimiento posterior es lo que Peirce describe como el secreto del juego de las «veinte preguntas».[47] Partiendo de la hipótesis de que Watson entró en la oficina de correos para tramitar algún asunto postal, Holmes deduce (en el sentido que Peirce da al término) que tal gestión podría consistir en enviar una carta, o comprar sellos y/o postales, o enviar un telegrama. Entonces, examina sistemáticamente cada una de estas posibilidades y llega pronto a lo que resulta ser la correcta. Cuando son posibles varias explicaciones «se examina prueba tras prueba hasta que una de ellas es suficientemente convincente». *(The Blanched Soldier.)*

Uno de nosotros[48] ha discutido las reflexiones de Peirce sobre las conjeturas en el contexto de algunos juegos infantiles, por una parte, y en ciertas ilusiones escénicas, por otra. El juego de las veinte preguntas es el equivalente verbal exacto del juego «caliente y frío», en el que el componente verbal es mínimo. El componente no verbal, emitido inconscientemente, conduce al actor al objeto buscado en ciertos tipos de actos mágicos, donde las pistas verbales están excluidas por completo. Esta comunicación no verbal, o *feedback,* también explica fenómenos aparentemente tan «ocultos» como el movimiento de una tabla Ovija y la escritura automática, y es la base de varios tipos de actos mentales, conocidos en el mundo de la magia de distinta forma, como «escritura muscular» o «lectura de la mente». «El espectador piensa que el mago lo está guiando, pero, de hecho, el ejecutante permite que el espectador le guíe con inconscientes tensiones musculares.»[49] Los mejores mentalistas pueden encontrar lo que están buscando con tan sólo observar las reacciones de los espectadores de una habitación.[50]

---

[47] Peirce, *Collected Papers* 7.220; véase 6.529.

[48] Thomas A. Sebeok, *The Sign & Its Masters* (1979), cap. 5.

[49] Martin Gardner, *Fads and Fallacies in the Name of Science* (1957), pág. 109.

[50] Sebeok cita ejemplos sobre esto de Persi Diaconis y un actor que se hacía llamar Kreskin. Estos casos muestran un extraordinario parecido con la historia del reloj robado de Peirce. Diaconis, además de ser uno de los mejores magos contemporáneos, está también entre los principales expertos en el sofisticado análisis estadístico de las estrategias de la conjetura y la especulación, y en aplicar nuevas técnicas en la investigación parapsicológica —sin, hasta ahora, ningún resultado ne-

Tal como ya hemos apuntado, Peirce sostenía que una hipótesis debe considerarse siempre como una pregunta, y, mientras todo conocimiento nuevo proviene de conjeturas, éstas son inútiles si no se prueban en la investigación. Holmes también, hace notar a Watson en *The Spekled Band* «cuán peligroso es siempre razonar con datos insuficientes». El detective también está de acuerdo con Peirce[51] en que los prejuicios, o hipótesis que nos resistimos a someter a la prueba de la inducción, son el principal obstáculo con el qué topa el razonamiento correcto. Holmes, por ejemplo, anota «insisto en no tener nunca prejuicios» *(The Rigate Puzzle;* véase *The Abbey Grange, The Naval Treaty).* La admiración que siente Peirce por las grandes figuras de la historia científica, tales como Keppler, procede precisamente de su extremada capacidad para mantener la cadena conjetura-prueba-conjetura.

Justo en este punto, sobre el mantenimiento de la objetividad en los hechos de un caso, tanto Holmes como Peirce en la historia que abre este libro, se encuentran enemistados con los policías, o, en el caso de Peirce, con los detectives de la agencia Pinkerton.[52] En *El misterio del valle de Boscombe,* por ejemplo, Holmes intenta dar algunas pistas al detective de Scotland Yard, el inspector Lestrade, quien, como siempre, no es capaz de ver la relación entre los detalles descubiertos por Holmes y el crimen que se está investigando. Cuando replica. «no puedo sino seguir escéptico», Holmes contesta tranquilamente «Aplique usted su propio método, que yo aplicaré el mío.» Más tarde, Holmes describe esta conversación a Watson tal como sigue:

> —Mediante el examen del terreno, conseguí los insignificantes detalles sobre la personalidad del criminal y se los comuniqué al imbécil de Lestrade.
> —¿Y cómo los obtuvo?
> —Ya conoce usted mi método, que se basa en la observación de los pequeños detalles.

---

gativo (véase Persi Diaconis, «Statistical Problems in ESP Research», *Science,* julio, 1978, pág. 136). Las observaciones de Yuri K. Scheglov sobre el aumento de tensión y excitación cuando el razonamiento lógico de Holmes «se acerca gradual y sigilosamente al criminal y levanta una punta de la cortina (es el mismo efecto que vemos en el juego infantil 'Frío y caliente' en el que el área en la que se busca se va reduciendo y se va volviendo más y más 'caliente') y debería, también, entenderse en este sentido («Toward a Description of Detective Story Structure», *Russian Poetics in Translations,* vol. I, 1975, pág. 63).

[51] Peirce, *Collected Papers* 2.635, 6.524, 7.202.

[52] En los relatos de Holmes aparecen detectives de la agencia nacional Pinkerton: Young Leverton, que tiene un papel menor en *The Red Circle,* y *Birdy Edward,* alias John («Jack») McMurdo, alias John («Jack») Douglas, a quien probablemente el grupo de Moriarty tiró al agua del St. Elena al final de *The Valley of Fear.*

Lo que tan a menudo extravía a la policía en los relatos de Holmes es que, al principio de la investigación de un crimen, tienden a adoptar la hipótesis más probable para explicar unos pocos hechos sobresalientes, ignorando los pequeños detalles y rehusando después tener en cuenta datos que no apoyan la posición que ha tomado. «No hay nada más engañoso que un hecho obvio», dice Holmes en *El misterio del valle Boscombe.* La policía también comete la «gran equivocación» de teorizar antes de tener evidencias *(Un estudio en escarlata).* El resultado es que, «inconscientemente», empiezan a retorcer los hechos para que se adecuen a la teoría, en lugar de retorcer las teorías para que se adecuen a los hechos» *(Un escándalo en Bohemia).* La mutua desconfianza que crea esta diferencia esencial en los métodos empleados impregna las historias de Holmes. En *The Reigate Puzzle,* Watson señala a un oficial del país, el inspector Forrester, «he visto que, por lo general, hay método en su locura», a lo que el inspector replica: «alguien podría decir que hay locura en su método».[53]

No somos los primeros en apuntar la importancia de las conjeturas en el método de investigación de Sherlock Holmes. Régis Messac, por ejemplo, hablando de la interpretación hecha por Holmes de la mente de Watson en *The Cardboard Box* (obsérvese que la escena aparece casi idéntica en algunas de las ediciones de *The Resident Patient)* anota que hay un millón de cosas que Watson podría estar pensando mientras mira el retrato del general Gordon o el de Henry Ward Beecher, y que Holmes, de hecho, está conjeturando.[54] Messac está en lo cierto cuando señala que, aunque Holmes admite ocasionalmente que una especie de instinto para las conjeturas está implícito en su trabajo (por ejemplo, admite, en Un estudio en escarlata que sus «curiosas dotes de instinto y observación» son debidas a una «especie de intuición», un sentimiento, repite en *El signo de los cuatro* y en *The Problem of Thor Bridge),* él siempre «afirma la realidad de la "deducción"».[55] Messac arguye también que las deducciones de Holmes no son, en absoluto, ni verdaderas deducciones, ni inducciones propiamente dichas, «sino que más bien los razonamientos están basados en un hecho particular y conducen, por medio de "circunvalaciones" más o menos complejas, a otro hecho particular».[56] Y Nordon concluye

[53] Un interesante paralelo se ha encontrado en Zadig de Voltaire (cap. 3), donde el inteligente Zadig, lector de pistas, provoca que le arresten, lo interroguen y lo multen. Existe una bibliografía bastante extensa sobre Zadig y Holmes.
[54] Messac, pág. 599.
[55] *Ibíd.,* pág. 601.
[56] *Ibíd.,* pág. 602.

diciendo que «debe decirse que en la práctica [Holmes] obtiene resultados mucho más concluyentes de la observación que de los procedimientos lógicos».[57]

Marcello Truzzi,[58] en un minucioso artículo sobre el método de Holmes, se adelantó a nuestro presente trabajo al apuntar las similitudes entre las tan famosas deducciones del detective, o inducciones, y las abducciones de Peirce, o conjeturas. De acuerdo con el sistema lógico de Peirce, además, las observaciones de Holmes son, por sí mismas, una forma de abducción, y ésta es un tipo tan legítimo de inferencia lógica como la inducción y la deducción.[59] De hecho, Peirce mantiene que:

> Nada ha contribuido tanto a proporcionar ideas caóticas o erróneas de la lógica de la ciencia como el fracaso al distinguir, en su esencia, las diferentes características de los distintos elementos del razonar científico; y una de las confusiones más comunes consiste en concebir la abducción e inducción, tomadas juntas (a menudo confundidas también con la deducción), como un solo argumento.[60]

Peirce admite que él mismo, «en casi todo lo que publicó antes de principios de este siglo... confundió, en alguna medida, la hipótesis con la inducción»,[61] y rastrea la confusión de estos dos tipos de razonamiento en la concepción de la inferencia demasiado estrecha y formalista de los lógicos (como formular, necesariamente, juicios de sus premisas).[62]

La abducción e inducción, evidentemente, «llevan a la aceptación de una hipótesis, ya que los hechos observados son tal como se producirían necesaria o probablemente como consecuencia de aquella hipótesis». Pero:

> La abducción parte de los hechos sin, al principio, tener ninguna teoría particular a la vista, aunque está motivada por la idea de que se necesita una teoría para explicar los hechos sorprendentes. La inducción parte de una hipótesis que parece aconsejarse sin, al principio, tener ningún hecho particular a la vista, aunque necesita de los hechos para sostener la teoría. La abducción persigue una teoría. La inducción anda buscando los hechos. En la abducción la consideración de los hechos sugiere la

---

[57] Nordon, pág. 245.
[58] Marcello Truzzi, «Sherlock Holmes: Applied Social Psychologist», *The Humanities as Sociology* (1973) editado por Marcello Truzzi, págs. 93-126.
[59] Peirce, *Collected Papers* 8.228.
[60] *Ibíd.*
[61] *Ibíd.* 8.227.
[62] *Ibíd.* 2.228; véase 5.590-604; Ms. 475, Ms. 1.146.

> hipótesis. En la inducción el estudio de la hipótesis sugiere los experimentos que sacarán a la luz los verdaderos hechos a los que la hipótesis ha apuntado.[63]

Tomando un ejemplo que podría haber sido sacado de uno de los casos de Holmes, Peirce nos ofrece la siguiente prueba de la diferencia entre estos dos tipos de razonamiento:

> Cierto escrito anónimo está sobre un pedazo de papel rasgado. Se sospecha que el autor es cierto individuo. Se registra su despacho, al que sólo él ha tenido acceso, y en él se encuentra un pedazo de papel, el pedazo exacto al que se acopla, en todas sus irregularidades, aquel papel en cuestión. El hecho de deducir que el sospechoso, de hecho, era el autor, es una inferencia hipotética justa. La base de esta inferencia es, evidentemente, que sería extremadamente improbable que los dos pedazos de papel coincidieran por casualidad. No obstante, de un elevado número de inferencias de este tipo, excepto una pequeña proporción, serían engañosas. La analogía entre la hipótesis y la inducción es tan fuerte que algunos lógicos las han confundido. A la hipótesis se le ha llamado inducción de caracteres. Una cantidad de caracteres que pertenecen a cierta clase se encuentran en cierto objeto; de donde se deduce que todos los caracteres de esta clase pertenecen al objeto en cuestión. Ciertamente, esto implica el mismo principio que la inducción; ya de forma diferente. En primer lugar, los caracteres no son susceptibles de ser enumerados simplemente como los objetos; en segundo lugar, los caracteres se clasifican por categorías. Cuando formamos una hipótesis como la del pedazo de papel, examinamos solamente una línea de los caracteres, o tal vez dos o tres, y no tomamos ninguna muestra de las otras. Si la hipótesis no fuera sino una inducción, todo lo que podría justificarse al concluir, en el ejemplo anterior, sería que los dos pedazos de papel que se acoplan con irregularidades tales como las examinadas podría considerarse que se acoplan en otras, digamos insignificantes irregularidades. El inferir la procedencia del papel por su forma es, precisamente, lo que distingue la hipótesis de la inducción y la convierte en un paso más atrevido y peligroso.[64]

Holmes reconoce indirectamente que la hipótesis es de naturaleza más peligrosa cuando defiende el uso de la «imaginación» *(The Retired Colourman, Silver Blaze ),* «intuición» *(El signo de los cuatro)* y «especulación» *(The Hound of the Baskervilles).* Uno debe querer imaginar lo que pasa y actuar sobre tal suposición, y esto le llevará «a la región donde sopesamos las probabilidades y elegimos la más probable». *(The Hound of the Baskervilles.)*

---

[63] *Ibíd.* 7.218.

[64] *Ibíd.* 2.632.

Holmes es conocido por sus oscilaciones entre la firmeza casi frenética del sabueso en el rastreo de su presa, y una especie de sueño letárgico, una combinación que John G. Cawelti llama «vitalización estereotipo»,[65] una imaginativa síntesis de la figura tipo I.I. Revzin lo apodó «fusión», con una referencia específica a la ficción detectivesca.[66] El legado, en este contexto, deriva sin duda del ambiguo Dupin de Poe. Watson apunta, en el siguiente pasaje de *The Red-Headed League,* que esta última actividad es también importante para las averiguaciones de Holmes:

> Mi amigo era un músico entusiasta, siendo él mismo no sólo un músico muy hábil sino también un compositor de no poco mérito. Estuvo toda la tarde sentado en la butaca, arropado por la más perfecta felicidad, moviendo lentamente sus largos y delgados dedos siguiendo el ritmo de la música, mientras su dulce cara sonriente y su mirada lánguida y soñadora eran absolutamente distintas a las de Holmes, el detective-sabueso, Holmes el implacable, el de mente aguda, el agente criminal siempre preparado; eran tan distintas como pueda imaginarse. La naturaleza dual de su carácter singular se justificaba a sí misma alternativamente, y su extremada precisión y astucia representaban, tal como he pensado en alguna ocasión, una reacción contra la manera de ser poética y contemplativa que ocasionalmente predominaba en él. La oscilación de su naturaleza le llevaba de una extremada languidez a una energía desenfrenada; y, como yo muy bien sé, nunca fue tan verdaderamente formidable como cuando, durante días y días, estaba holgazaneando en su sillón entre sus propias improvisaciones y sus ediciones en letra gótica. Entonces yo sabía que el anhelo de la persecución le invadiría repentinamente, y que su brillante poder de razonamiento ascendería al nivel de la intuición, hasta el punto de que aquellos que desconocían sus métodos le mirarían con recelo como a un hombre cuyo conocimiento no es el mismo que el de los otros mortales. Cuando lo vi tan concentrado en la música en St. James's Hall esta tarde, presentí que a aquellos a quienes pensaba atrapar les esperaba un mal momento.

Peirce también ha hablado de la relación entre tales actividades mentales y algunas prácticas más mundanas. «La mente —escribe—, tiene una ocupación agradable que... no persigue ningún propósito salvo desechar toda proposición seria» y a la que «he estado, algunas veces, medio tentado de llamar sueño, con alguna reserva; pero para la estructura de una mente tan opuesta al vacío y ensueño, tal designación sería poco apropiada. De hecho es un Puro Juego»[67] Un tipo de Puro Juego, «un animado ejercicio del propio poder», sin «ninguna regla, excepto la de la liber-

[65] John G. Cawelti, *Adventure, Mystery, and Romance: Formula Stories as Art and Popular Culture* (1976), págs. 11, 58.

[66] I. I. Revzin, «Notes on the Semiotic Analysis of Detective Novels: with Examples from the Novels of Agatha Christie», *New Literary History,* vol. 9, n. 2 (invierno 1978), págs. 385-388. Versión original rusa, 1964.

[67] Peirce, *Collected Papers* 6.458.

tad», la llamada *Musement,* que define como un proceso mediante el que la mente busca «alguna conexión» entre dos de los tres Universos de Experiencia (a saber, el de las Ideas, el de la Realidad en bruto y el de los Signos),[68] «con la especulación que concierne a su causa».[69] El *Musement:*

> empieza bastante pasivamente al beber de la impresión de algún rincón de uno de los tres Universos. Pero, de la impresión se pasa pronto a la observación atenta, de la observación a la meditación, de la meditación a un vaivén entre uno y otro, unidos. Si las observaciones y reflexiones de uno se especializan mucho, el Juego se convierte en estudio científico...[70]

El crimen, nota Peirce, se acomoda especialmente a la aplicación del *Musement.* Recordando la observación de Dupin en «The Murders in the Rue Morgue» de Poe (el juicio: «según creo, el misterio se considera insoluble por la misma razón que debería considerarse de fácil solución, es decir, por el carácter extravagante de sus detalles»), Peirce señala que «los problemas que a primera vista parecen totalmente insolubles, lo parecen a causa de unas pistas que son las más adecuadas para su solución. Esto lo equipara particularmente al Juego de *Musement».*[71] Compárense las observaciones de Holmes : «Ya le he explicado que lo extraordinario es, normalmente, más una pista que un inconveniente» *(Un estudio en escarlata)*; «la singularidad es, casi invariablemente, una pista» *(El misterio del valle de Boscombe);* «El incidente más estrafalario y grotesco es el más interesante para ser examinado cuidadosamente, y el *quid* de la cuestión que parece complicar un caso se convierte, cuando es debidamente considerado y científicamente manejado, en el único apropiado para resolverlo» *(The Hound of the Baskervilles);* y, «sólo el caso menos interesante, sin incidentes notables es el realmente desesperado» *(Shoscombe Old Place).*

Así pues, estamos de acuerdo, aunque por diferentes razones, con la opinión de Nordon: «La creación de un doctor empapado por el pensamiento racional del período, el ciclo holmesiano, nos ofrece por primera vez el espectáculo de un héroe que triunfa repetidamente gracias a los recursos de la lógica y el método científico. Y la proeza del héroe es tan maravillosa como el poder de la ciencia, en la que mucha gente confía para que pueda guiar el proceso material y espiritual de la condición humana. El primero en hacerlo fue Conan Doyle.»[72]

---

[68] *Ibíd,* 6.455.
[69] *Ibíd.,* 6.458.
[70] *Ibíd.,* 6.459.
[71] *Ibíd.,* 6.460.
[72] Nordon, pág. 247.

### 3. Enfermedad, crimen y semiótica

Las raíces de la semiótica entroncan con los antiguos tratados de medicina,[73] teniendo esto en cuenta se aclara la idea de Peirce según la que: «Hablando en un sentido amplio, aproximado, se puede decir que las ciencias han venido desarrollándose separadas de las artes útiles, o de las artes que se suponen útiles.» De la misma manera que la astronomía se ha desarrollado separada de la astrología, y la química de la alquimia, «la fisiología lo ha hecho considerando la medicina como una ciencia separada de la magia».[74] Peirce se muestra buen conocedor de la historia y la teoría de la medicina. Su familia lo consideraba bien capacitado para seguir una carrera de química, y le hizo accesible la biblioteca de medicina de su difunto tío Charles que había sido médico.[75] En al menos una ocasión,[76] Peirce hace una lista de algunos de los libros de historia de la medicina que había consultado. En 1933, en una entrevista con Henry S. Leonard (estudiante graduado en Filosofía en Harvard, al que habían enviado a casa de Peirce en Milford, Pennsylvania, tras la muerte de su viuda, Julliette Peirce, para recopilar algunos de los manuscritos conservados), el último médico que atendió a Peirce, G. Alto Pobe, afirmaba que:

> Peirce sabía de medicina más que yo. Cuando iba a visitarlo, estaba con él, más o menos, de media a una hora. Me gustaba conversar con él. A menudo, cuando llegaba, me contaba todos los síntomas y daba el diagnóstico de su enfermedad. Seguidamente me contaba la historia completa del tratamiento médico de esta enfermedad. Entonces me decía lo que se le debería prescribir en aquel momento. No se equivocaba nunca. Me dijo que tenía que preguntarme para poder extender las recetas ya que no tenía la licenciatura en Medicina.[77]

Peirce admite que, en cuanto a problemas estadísticos sobre el muestreo y la inducción, «los médicos... merecen un tratamiento especial porque desde Galeno han tenido una tradición lógica propia», y «en su trabajo contra el razonamiento *"post-hoc, ergo propter hoc"*», reconoce, «aunque confusamente», la función de la inducción que afirma que «primero debemos decidir para qué carácter nos propo-

---

[73] Véase Thomas A. Sebeok, *Contributions to the Doctrine of Signs* (1976), págs. 4, 125 s., 181 s.; *The Sign & Its Masters* (1979), cap. 1.
[74] Peirce, *Collected Papers* 1.226.
[75] Max H. Fisch, comunicación personal.
[76] Peirce, *Collected Papers* 2.11, fn. 1.
[77] En las notas de Max H. Fisch.

nemos examinar la pista, y sólo tras esta decisión examinarla».[78] Por otro lado, Peirce reconoce que la medicina, esa «profesión materialista»,[79] presenta una dificultad adicional, adherida a otra máxima de la inducción, la cual requiere que las muestras no sean pequeñas:

> Transgrediendo esta máxima, los números engañan. Concretamente las estadísticas médicas son, en general, despreciablemente pequeñas y por otra parte se duda de que puedan hacerse.
> Estoy hablando ahora de las estadísticas de los médicos acreditados. En medicina es extremadamente difícil recoger muchos hechos relacionados con algún punto oscuro, y es aún más difícil evidenciar que estos hechos sean una representación justa de la serie general de acontecimientos. Esto explica el lento avance de la ciencia médica a pesar del inmenso estudio que se le ha dedicado, y los grandes errores que a menudo pasan de un médico a otro. Probablemente no existe ninguna rama de la ciencia que resulte tan difícil desde todos los puntos de vista. Realmente se requiere un gran cerebro para llegar a hacer una inducción médica. Es demasiado obvio para exigir pruebas. Hay tal cantidad de influencias que perturban —idiosincrasias personales, mezcla de tratamiento, influencias accidentales y desconocidas, peculiaridades de clima, raza y estaciones del año— que es especialmente necesario que los hechos sean muy numerosos y se escruten con ojo de lince para detectar engaños. Y además, es particularmente difícil recoger hechos en medicina. La experiencia de un solo hombre puede rara vez ser decisiva, y en medicina nadie puede juzgar materias más allá de su conocimiento personal, debe confiar en los juicios de otros. Según esto, mientras en esta ciencia más que en cualquier otra una muestra debe ser más general y más cuidadosamente elegida, es a ésta a la que le es más difícil cumplir estos requisitos.
> Nada, sin embargo, muestra la ligereza con que la gente en general discurre, ni nada es más lastimoso que la prontitud con que nueve de cada diez personas se pronuncian acerca de las virtudes de un medicamento partiendo de la más limitada, la más inexacta y la más parcial experiencia a la que no se puede llamar, de ninguna manera, experiencia. Cualquier anciana que haya notado alguna mejoría tras la administración de un medicamento, en una docena de casos, sin que se parezcan en absoluto uno a otro, no dudará en considerarlo una cura infalible para cualquiera que se le parezca en algo a cada uno de los doce. Es chocante. Pero lo que aún es peor es que se recomendará el tratamiento siempre, incluso a partir de rumores comprobados en uno o dos casos.
> Observad, os lo pido, la combinación de falacias implicadas en tal proceder. En primer lugar, ninguna inducción puede, con propiedad, dibujarse a menos que una prueba haya sido tomada de alguna clase definida. Pero estas criaturas necias —que piensan que tan sólo pasando un rato en una habitación de enfermo se han conver-

[78] Peirce, *Collected Papers* 1.95-97.
[79] *Ibíd.* 8.58.

> tido en galenos— son totalmente incapaces de definir la enfermedad en cuestión. La suponen *difteria* [sic] por ejemplo. ¿Cómo saben que es difteria teniendo como único síntoma una garganta inflamada? Sus muestras, en realidad, no son de ninguna clase definida.
> En segundo lugar, la cantidad de casos es apenas suficiente para la más simple de las inducciones. En tercer lugar, los casos, probablemente, proceden de rumores. Y además de la inexactitud que corresponde a este tipo de evidencia, estamos más dispuestos a escuchar cosas extraordinarias relacionadas con su frecuencia que cosas ordinarias. Así que tener en cuenta tales casos es tomar muestras. En cuarto lugar, el predicado que corresponde a todos los ejemplos es, por lo general, totalmente vago. En quinto lugar, una deducción se hace normalmente respetando un caso concreto sin considerar cuidadosamente si realmente procede de la clase de la que la muestra ha sido extraída. En sexto lugar, es más apto ser predicado de un caso concreto que haberse fundado en ejemplos previos. Todas estas falacias están combinadas en una especie de argumento que apenas se puede pasar una semana sin oír uno.[80]

Revisando la gran cantidad de ejemplos de diagnóstico médico que aparecen en las historias de Holmes, especialmente enfermedades de corazón y enfermedades tropicales, Maurice Campbell, especialista de corazón, concluye que desde el punto de vista médico, «Watson parece estar excelentemente informado».[81] Es interesante apuntar que mientras Watson sigue con éxito el método lógico de diagnóstico en cuestiones de patología del cuerpo, es singularmente inepto para traspasar este método a la resolución del crimen, y proporciona un ejemplo de alguien que está sólo parcialmente versado en lo que Peirce denomina *logica docens* (véase pág. 41, más adelante).

Hasta tal punto el propio Sherlock Holmes practica los métodos de la Medicina, que un elemento de arte y magia se transforma poco a poco en la lógica del descubrimiento científico que persigue. En nuestra opinión, esto es lo que separa a Holmes como personaje del más puro método lógico del detective Dupin de Edgar Allan Poe.[82]

Sabemos que Conan Doyle, que se dedicaba a la medicina hasta que los relatos de Holmes le hicieron lo suficientemente rico para renunciar a su trabajo, creó a

---

[80] Peirce, Ms. 696. Como Steven Jay Gould confirmó recientemente, en relación con el mundo académico en general, que «lo percibido de forma inconsciente o borrosa como acabado, erudito y pulido (de datos) es rastrero, endémico e inviable en una profesión que cifra todo su rigor en el hallazgo limpio y libre de ambigüedades» («Morton's Ranking of Races by Cranial Capacity», *Science*, mayo de 1978, pág. 504). Resumiendo, esta manipulación de los datos puede ser una norma científica.

[81] Maurice Campbell, *Sherlock Holmes and Dr. Watson: A Medical Digression* (1935), pág. 13.

[82] Para este punto, véase también Messac y Hitchings.

Sherlock Holmes basándose en su profesor, el doctor Joseph Bell, de la Royal Infirmary of Edinburgh. Sin embargo, el que Conan Doyle tomara a un médico como modelo, respondía a un propósito consciente de introducir un método científico más riguroso en las detecciones criminales usadas hasta el momento.

Messac observa correctamente que Doyle seguía a Bell en el examen de los diagnósticos aplicados a la personalidad entera y vida del paciente, y que aquel diagnóstico «no es nunca absolutamente riguroso; implica irresoluciones, errores». La detección del crimen, al igual que la medicina, es una especie de «pseudociencia».[83] Al principio de Un estudio en escarlata, Doyle apunta que:

> Gaboriau me había atraído bastante por su perfecto ensamblaje de los argumentos, y el autoritario detective de Poe, el caballero Dupin, había sido en mi juventud uno de mis héroes. Pero, ¿podría añadir algo de mí mismo? Me imagino a mi viejo profesor Joe Bell, su cara aguileña, sus curiosas maneras, sus misteriosos modos de encontrar los detalles. Si fuera un detective, seguramente habría convertido este arte fascinante pero desorganizado en algo muy cercano a una ciencia exacta.[84]

Doyle estaba impresionado por la excepcional habilidad de Bell para hacer los diagnósticos, «no sólo de las enfermedades sino también de las ocupaciones y el carácter del paciente». Fue secretario de Bell para los pacientes externos, lo que quería decir que tenía que «ocuparse de los pacientes que no estaban ingresados, escribir sencillas notas sobre sus casos, y seguidamente entrar a enseñárselas, una por una, en una ancha habitación en la que Bell estaba sentado, rodeado de estanterías y estudiantes».[85] El joven estudiante de medicina «era muy afortunado al poder estudiar sus métodos [los de Bell] y al aprender que a menudo podía saber más del paciente con una simple ojeada»[86] que con la serie de preguntas que Doyle formulaba a los pacientes antes de entrevistarse con el doctor.

> A veces los resultados eran muy espectaculares, aunque en ocasiones también metía la pata. En uno de sus mejores casos, dijo a un paciente civil:
> —Bien, amigo, usted ha servido en la Armada.
> —Sí, señor.
> —No hace mucho que le han licenciado, ¿verdad?
> —No, señor.
> —¿Estuvo en un regimiento de montaña?
> —Sí, señor.

[83] Messac, pág. 617.
[84] Doyle, pág. 69.
[85] *Ibíd.*, pág.
[86] *Ibíd.*

—¿Era un oficial no combatiente?
—Sí, señor.
—¿Estaba destinado en las Barbados?
—Sí, señor.
—Vean, señores —quiso explicar—, este hombre es un hombre educado, y sin embargo no se quitó el sombrero. En la Armada no lo hacen, pero debería haberlo aprendido de las normas de educación social si hubiera hecho tiempo que estaba licenciado. Tiene aire de autoridad y evidentemente es escocés. En cuanto a las Barbados, adolece de elefantiasis, enfermedad propia del oeste de la India y no de Inglaterra.
A la audiencia de Watson todo esto le parecía bastante milagroso hasta que se le explicaba y a partir de ese momento todo se volvía suficientemente sencillo. No es extraño que tras el estudio de tal carácter yo usara y amplificara sus métodos cuando, más tarde, quise crear un detective científico que solventara casos por sus propios méritos y no por la locura del criminal.[87]

Mientras el diálogo sobre las Barbados era el único ejemplo que teníamos de la habilidad de Bell para la observación y deducción, aprobado por el propio Doyle, otros varios ejemplos de las significativas actuaciones de Bell, aportados por médicos, estudiantes de medicina con Doyle en Edimburgo, o amigos del doctor y la señora Bell, han sido publicados y están siendo revisados por Trevor Hall.[88] William S. Baring-Gould ha reproducido una de las anécdotas menos conocidas (del *Lancet*, 1 de agosto de 1956)

Una mujer con un niño pequeño le invitó a entrar. Bell le dio los buenos días y ella le respondió con el mismo saludo.
—¿Cómo le ha ido la travesía, señora Burntisland?
—Estuvo bien.
—¿Había un largo trecho hasta Inverleith Row?
—Sí.
—¿Qué hizo usted con el otro crío?
—Lo dejé con mi hermana en Leith.
—Y usted aún estará trabajando en la fábrica de linóleo, ¿no?
—Sí.
—¿Ven ustedes, señores?, cuando ella me dio los buenos días me di cuenta de su acento pífano y, como saben, la ciudad más próxima a Fife es Burntisland. Se pueden dar cuenta de que tiene arcilla roja en los bordes de las suelas de sus zapatos. Y esta clase de arcilla se encuentra a veinte millas de Edimburgo, en los Jardines Botánicos. Inverleith Row bordea los jardines y es el camino más rápido desde Leith. Pueden observar que el abrigo que ella sostiene es demasiado grande para el niño

[87] *Ibíd.*, págs. 20, 21.
[88] Hall, págs. 80-83.

> que va con ella y por tanto quiere decir que se marchó de casa con dos niños. Finalmente, tiene dermatitis en los dedos de la mano derecha, característica peculiar entre los trabajadores de la fábrica de linóleo de Burntisland.[89]

O piénsese en el siguiente relato de una entrevista con Doyle, en junio de, 1892, publicado por primera vez en un artículo de Harry How, titulado «A Day with Dr. Conan Doyle», que apareció en la Strand Magazine en agosto del mismo año:

> En Edimburgo, conocí a la persona que Sherlock Holmes me había aconsejado... cuyos poderes intuitivos eran sencillamente maravillosos. Caso n. 1, se acerca. Bell dijo: «Veo que tiene sed, incluso lleva un frasco en el pecho, en el bolsillo interior de su abrigo.» Otro caso seguiría a éste inmediatamente: «Zapatero, ¿verdad?» Entonces se volvería hacia los estudiantes, y les señalaría que las rodillas de los pantalones del hombre estaban gastadas por dentro. La razón de ello era que el hombre había apoyado allí la piedra faldera, peculiaridad propia tan sólo de los zapateros.[90]

Hall observa, también, que Doyle reconoce su deuda con Bell en la dedicatoria que le pone en «Las aventuras de Sherlock Holmes».[91] Más adelante, Hall cuenta que, en una carta del 4 de mayo de 1892, enviada a Bell, Doyle explicaba:

> Soy totalmente consciente de que le debo Sherlock Holmes a usted, y a pesar de que en las historias tengo la ventaja de poder emplazar [al detective] en toda clase de situaciones teatrales, no creo que este trabajo analítico sea, ni mucho menos, una exageración de algunos efectos que le he visto producir en la sección de pacientes no ingresados. Gira alrededor del centro de la deducción, la inferencia y la observación que le he visto inculcar. He querido crear un personaje que llegara lo más lejos posible —a veces incluso más lejos— y estoy muy contento de que los resultados le satisfagan a usted que es el crítico con más derecho a ser severo.[92]

Ciertamente, el siguiente pasaje de *El intérprete griego* recuerda, en grado sumo, algunas de las anécdotas relacionadas con Joseph Bell. Holmes y su hermano Mycroft están sentados en una terraza[93] del Diogenes Club, cuando Mycroft dice:

---

[89] William S. Baring-Gould (comp.), *The Annotated Sherlock Holmes* (1967), vol. I, pág. 7.
[90] Reeditado en Hall, págs. 82-83.
[91] *Ibíd.*, pág. 78.
[92] *Ibíd.*
[93] Para el significado de las ventanas en las historias de Sherlock Holmes y los trabajos de Julio Verne, véase Thomas A. Sebeok y Harriet Margolis, «Captain Nemo's Porthole», *Poetics Today* (en. prensa, 1981).

—Para cualquiera que desee estudiar el género humano, éste es el lugar indicado... ¡Mira a esos magníficos tipos! Mira a esos dos hombres que se acercan a nosotros, por ejemplo.
—¿El marcador de billar y el otro?
—Sí, ésos. ¿Qué piensas del otro?
Los dos hombres se habían parado frente a la ventana. Algunas manchas de tiza en el bolsillo del chaleco de uno eran las únicas señales del billar que yo [Watson] pude ver. El otro era un personaje muy bajito, oscuro, con el sombrero echado para atrás y algunos paquetes bajo el brazo.
—Un antiguo soldado, por lo que veo —dijo Sherlock Holmes.
—Y hace muy poco que ha sido licenciado —señaló el hermano.
—Servicio en la India, por lo que veo. —Y un oficial no comisionado.
—Real Artillería, imagino —dijo Sherlock Holmes. —Y viudo.
—Pero con un hijo. —Hijos, amigo mío, hijos.
—¡Venga! —dije riendo—, esto ya es demasiado.
—Seguramente —respondió Holmes—, no es difícil ver que un hombre con este porte, expresión de autoridad y piel dorada es un soldado y que el lugar donde estuvo destinado no estaba muy lejos de la India.
—Que no ha abandonado el largo servicio es evidente porque aún lleva botas de artillería, como se las llama —observó Mycroft.
—No tiene la zancada de caballería, aún lleva el sombrero a un lado, según muestra la piel más blanca de aquella parte de la cabeza. Su peso no le permite ser un zapador. Está en Artillería.
—Ahora bien, su completo luto muestra, evidentemente, que ha perdido a alguien muy querido. El hecho de que haya hecho su propia compra parece demostrar que se trata de su mujer. Ha estado comprando cosas para críos, como te habrás fijado. Entre estas cosas se encuentra un sonajero, lo cual muestra que uno de ellos es muy pequeño. Probablemente la mujer murió en el parto. El hecho de que lleve un cuaderno de pintura bajo el brazo demuestra que tiene otro chico en quien pensar.

El mismo Bell subraya el parecido entre el crimen y la enfermedad en el siguiente pasaje, escrito en 1892 y citado por Vincent Starrett:

Intenta aprender las características de una enfermedad o herida, caballero, con la misma precisión que conoces las características, la manera de andar, los hábitos, las costumbres de tu más íntimo amigo, al que, incluso en una multitud, puedes reconocer al instante. Puede ser una multitud de hombres vestidos todos iguales, y cada uno tener sus características propias, ojos, nariz, pelo y miembros. En cada cosa esencial uno se parece al otro; sólo difieren en nimiedades y, a pesar de ello, conociendo sus nimiedades bien, le reconoces o haces el diagnóstico con facilidad. De igual manera ocurre con la enfermedad de la mente o cuerpo o costumbres. Peculiaridades raciales, acento, ocupación o carencia de ella, educación, ambiente de todo tipo, pequeñas impresiones triviales, gradualmente puedes moldear o tallar al indi-

> viduo y olvidar las huellas digitales o las marcas de cincel que el experto puede detectar. Las amplias características que de un vistazo se pueden reconocer como indicativas de una enfermedad de corazón o tisis, embriaguez crónica o continua pérdida de sangre, son las características que los principiantes, los más, en medicina pueden detectar, mientras que para los expertos en su arte hay miríadas de señales elocuentes e instructivas, pero que necesitan el ojo educado para descubrirlas... *La importancia de lo infinitamente minúsculo es incalculable.* Envenenar un pozo en la Meca con el bacilo del cólera, con el agua santa que los peregrinos llevan en botellas, infectaría todo un continente. Los andrajos de la víctima de una plaga aterraría a todos los puertos de la Cristiandad.[94] [El subrayado es nuestro.]

La manera de examinar los síntomas como características distintivas de la identidad de una enfermedad, que a partir de este momento se trata como a una entidad concreta, recuerda un pasaje de un manuscrito inédito de Peirce,[95] donde explicando que «el conocimiento que poseemos de la mayor parte de los conceptos generales nos llega de la misma manera que el conocimiento de una persona concreta», censura la sentencia del filósofo francés Claude Bernard (1813-1878) según la cual: «la enfermedad no es una entidad; no es sino un conjunto de síntomas». Peirce mantiene que, antes que en una doctrina fisiológica, esta afirmación se basa en una lógica falsa. «Pero a la luz de los descubrimientos positivos de Pasteur y Koch, y teniendo en cuenta las teorías de Weissmann, vemos que en tanto que incluye las enfermedades cimóticas, o sea infecciosas, éstas existen como existe el océano... [un] conjunto de síntomas no es sólo una entidad sino necesariamente algo concreto...» Así lo había entendido Bernard, Peirce continúa diciendo que él mismo podría haber decidido trabajar provechosamente para obtener algún nuevo conocimiento en aquel campo.

Sherlock Holmes, claro, practica lo que Bell predica. Hace un «diagnóstico», eso es, la identificación de una patología criminal, a partir de una serie de percepciones diminutas, enlazadas por hipótesis, y además, normalmente acaba por tratar un caso pasado como a un viejo amigo. Consideremos, por ejemplo, el siguiente relato, citado tan a menudo, de Holmes leyendo la mente de Watson en *The Cardboard Box:*

> Viendo que Holmes estaba demasiado absorbido en sus pensamientos para conversar, aparté bruscamente el papel en blanco, y, apoyándome en mi silla, me puse a pensar distraídamente. De repente, la voz de mi compañero irrumpió en mis pensamientos.

---

[94] Vincent Starrett, *The Private Life of Sherlock Holmes* (1971), págs. 25-26. Primera edición 1934.
[95] Peirce, Ms. 316.

—Está en lo cierto, Watson —dijo—, me parece una manera muy absurda de saldar una disputa.
—¡La más absurda! —exclamé, y entonces, de repente, dándome cuenta de que él se había hecho eco del pensamiento más íntimo de mi alma, me incorporé de la silla y le miré con atónita sorpresa.
—¿Qué es esto, Holmes? —grité—; esto sobrepasa cualquier cosa que hubiera podido imaginar... Estaba sentado en la silla, quieto, ¿qué pistas le he podido lanzar?
—Comete una injusticia consigo mismo. Las apariencias del hombre expresan sus emociones y las suyas son sirvientes fieles.
—¿Quiere decir que lee mis pensamientos a partir de mi aspecto?
—De su aspecto y especialmente de sus ojos. Tal vez usted no pueda recordar cómo comenzó su ensimismamiento.
—No, no puedo.
—Entonces se lo contaré. Después de que apartara bruscamente el papel, cosa que me llamó la atención, se sentó medio minuto con expresión distraída. Después sus ojos se posaron sobre el cuadro del general Gordon, que hacía poco había arreglado, y, yo vi por la alteración de su rostro que sus pensamientos habían empezado a brotar. Pero no fue muy lejos con ellos. Sus ojos se posaron en el retrato, que aún no había arreglado, de Henry Ward Beecher, que estaba sobre sus libros. Entonces miró la pared; su propósito era obvio. Estaba pensando que si el retrato estuviera arreglado ocuparía exactamente aquel espacio vacío y coincidiría con el cuadro de Gordon que había encima.
—¡Me ha seguido maravillosamente!— exclamé.
—Tan de cerca que apenas podía extraviarme. Sus pensamientos volvieron a Beecher y usted lo miró intensamente como si estuviera estudiando su carácter a través de su aspecto. Entonces dejó de fruncir las cejas pero continuó mirando el retrato y su cara tenía una expresión pensativa. Estaba recordando el incidente de la carrera de Beecher. Sé bien que no puede recordarlo sin pensar en la misión que emprendió en nombre del Norte y durante la Guerra Civil; recuerdo que expresó su apasionada indignación porque fue recibido por nuestra gente más turbulenta.. Esto le afectó tanto que yo sabía que no podía tampoco pensar en Beecher sin pensar en ello. Cuando un momento después vi que sus ojos se desviaban del cuadro, sospeché que en aquel momento su mente había vuelto a la Guerra Civil, y cuando vi sus labios comprimidos, sus ojos chispeantes y sus manos apretadas, supe a ciencia cierta que estaba pensando en la valentía que mostraron los dos bandos en aquella desesperada contienda. Pero entonces, de nuevo, su rostro se entristeció. Usted sacudió la cabeza. Estaba pensando en la tristeza y el horror y en la inútil pérdida de vidas que produjo. Su mano se posó sobre su vieja herida y una sonrisa se dibujó en, sus labios, cosa que me mostró que el ridículo lado de este método de establecer preguntas internacionales por fin se ha incrustado en su mente. En este momento asentí con usted y le dije que eso era absurdo, y me alegré al darme cuenta de que todas mis deducciones eran correctas.

> —¡Totalmente correctas! —dije—. Y ahora que usted lo ha explicado todo, confieso que estoy tan maravillado como al principio.

Al examinar una hipótesis como si de la identidad de una persona se tratara a partir del conjunto de pistas que ofrece la apariencia física del individuo en cuestión, manera de hablar, y cosas por el estilo, involucra cierta cantidad de conjeturas, de ahí que Peirce lo llame *inducción abductiva.*

> Pero supongamos esto, mientras estoy viajando en tren, alguien me llama la atención sobre un hombre que está cerca de nosotros y me pregunta si no tendrá nada que ver con un sacerdote católico. Empiezo a dar vueltas a mi cabeza sobre las características observables de los sacerdotes católicos normales, para ver cuántas comparte ese hombre. Las características no se pueden contar o medir. Su significado relativo, referente a la pregunta formulada, sólo puede estimarse imprecisamente. Además, la pregunta en sí misma no admite respuesta exacta. Sin embargo, si el estilo en el vestir —botas, pantalones, abrigo y sombrero—, es el de la mayor parte de los sacerdotes católicos americanos, si sus movimientos les son característicos, delatando un similar estado de nerviosismo, y si la expresión del rostro, resultado de una determinada y larga disciplina, puede serlo; aunque hay una característica muy poco propia de un sacerdote romano: lleva un emblema masónico. Puedo afirmar que no es un sacerdote, pero lo ha sido o ha estado a punto de serlo. Este tipo de inducción vaga, la llamo una inducción abductiva.[96]

En el ejemplo anterior, la pregunta que se ha formulado a Peirce es, ella misma, una hipótesis, parecida en algunos aspectos a la inferencia apuntada en un pasaje autobiográfico de otra obra de Peirce, donde escribe que:

> En cierta ocasión desembarqué en un puerto de una provincia de Turquía y subí, paseando, a una casa que iba a visitar. Encontré a un hombre encima de un caballo, rodeado de cuatro jinetes que sostenían un dosel sobre su cabeza. El gobernador de la provincia era el único personaje que puede tener tan gran honor, por tanto inferí que aquel hombre era él. Esto era una hipótesis.[97]

Los ejemplos citados ilustran lo que Sherlock Holmes quiere decir cuando se refiere a «razonar hacia atrás» (véase *retroducción* de Peirce), una habilidad que, si por una parte, es similar en muchos puntos de vista al tipo de pensamiento en que el hombre común ocupa su vida cotidiana, requiere un cierto grado de formación especializada:

---

[96] Peirce, Ms. 692; véase *Collected Papers* 6.526.

[97] Peirce, *Collected Papers* 2.625.

> Al resolver un problema de este tipo, lo maravilloso es poder razonar hacia atrás. Es un logro muy útil, y muy fácil, pero la gente no lo practica demasiado. En los asuntos que ocupan nuestra vida cotidiana es más útil razonar hacia delante, y de esta manera, se descuida el otro proceso de razonar. Por cada persona que puede razonar analíticamente, hay cincuenta que pueden hacerlo sintéticamente.
> —Confieso —dijo [Watson]— que apenas puedo seguir sus pensamientos.
> —Apenas esperaba que lo hiciera. Déjeme intentar presentárselo más claramente. A la mayoría de la gente, si se les describe una serie de sucesos, son capaces de decir cuál será el resultado. Pueden ensamblar aquellos conocimientos en sus mentes, y razonar a partir de ellos que algo pasará. Sin embargo, hay poca gente que, si se les da un resultado, son capaces de deducir, a partir de sus propios conocimientos interiores, qué peldaños condujeron a tal resultado. Es a este poder al que me refiero cuando hablo de razonamiento hacia atrás, o de razonar analíticamente. *(Un estudio en escarlata.)*

De hecho, Holmes le insiste a menudo a Watson que ve lo mismo que las otras personas, tan sólo se ha entrenado para aplicar su método a fin de determinar el significado total de esas percepciones. En *The blue Carbuncle,* por ejemplo, Holmes pide a Watson que examine un sombrero para identificar alguna pista que ayude a reconocer al hombre que lo llevaba. «No consigo ver nada», es la respuesta de Watson, a lo que Holmes responde: «Al contrario, Watson, usted lo ve todo. Le falta, sin embargo, razonar sobre lo que ve. Es demasiado tímido al hacer sus inferencias.» O, de nuevo, en *The Speckled Band,* cuando Watson dice: «Evidentemente ha visto más en estas habitaciones de lo que yo he podido ver», Holmes responde: «No, pero supongo que puedo haber deducido un poco más. Me imagino que usted vio todo lo que yo vi.»

Así pues, a Holmes, como a Peirce, le interesa más su método que el asunto concreto al que lo aplica. En *The Copper Blecher,* por ejemplo, Holmes y Watson discuten sobre el modo en que éste le ha presentado los casos, y Holmes se lo reprocha diciéndole: «Se ha equivocado, tal vez, al intentar dar color y vida a cada una de sus afirmaciones en lugar de limitarse al cometido de informar del razonamiento riguroso de causa a efecto que es, en realidad, la única característica de la cosa.» Cuando, en respuesta, Watson supone que la crítica de Holmes está basada en el egoísmo, Holmes responde: «No, no es egoísmo ni presunción... si clamo total justicia para mi arte es porque es algo impersonal, algo más allá de mí mismo. El crimen es común. La lógica es rara. Por lo tanto usted debería meditar sobre la lógica más que sobre el crimen. Ha convertido, degradándolo, lo que hubiera sido un ciclo de conferencias en una serie de cuentos.»

El mismo Peirce distinguía entre lo que él llamaba *logica utens* o sentido rudimentario de lógica-al-uso, que es un cierto método general por el que cada uno llega a la verdad, sin, no obstante, ser consciente de ello y sin poder especificar en qué consiste ese método, y un sentido más sofisticado de lógica, o *logica docens,* practicada por lógicos y científicos (pero también por ciertos detectives y médicos), que es una lógica que puede enseñarse autoconscientemente y es, sin embargo, un método, desarrollado teóricamente, de descubrir la verdad.[98] Los científicos o lógicos, sin embargo, no inventan su *logica docens* sino que más bien estudian y desarrollan la lógica natural que el resto de los humanos ya usan cotidianamente en la vida. Sherlock Holmes parece compartir este punto de vista, a juzgar por el parlamento que dirige a Watson al principio de *Un caso de identidad,* en donde insiste en que: «Nosotros no nos atreveríamos a concebir las cosas que son meros lugares comunes de la existencia..., no hay nada tan poco natural como el lugar común.» Holmes, además, afirma que sus métodos son «sin embargo sentido común sistematizable». *(The Blanched Soldier.)*

> El razonador ideal... cuando se le ha mostrado en una ocasión un solo hecho en todos sus aspectos deducirá a partir de él no sólo la cadena de los acontecimientos que han llevado a tal hecho sino también los resultados que le seguirán. De la misma manera que Cuvier podría describir correctamente todas las partes de un animal con la simple observación de un hueso, el observador que ha comprendido profundamente un punto de una serie de incidentes podrá establecer correctamente todos los otros, tanto anteriores como posteriores. *(The Fife Orange Pips.)*

Parece ser que existen pocas dudas de que la *logica docens* de Sherlock Holmes proceda en gran parte de la experiencia científica de su creador, Conan Doyle. De hecho, el profesor de Doyle, Bell, había escrito «La educación del doctor Conan Doyle como estudiante de medicina le enseñó a observar y su práctica, como médico general y como especialista, ha sido una experiencia extraordinaria para un hombre como él, con talento para la observación y una portentosa memoria e imaginación.»[99] El conocimiento que más exhibe Holmes debe mucho, sobre todo, a la química.[100] «Su dedicación a la investigación química nunca fue muy intensa y se redujo poco a poco hasta anularse completamente.» Su faceta de químico le servía

---

[98] Peirce, Ms. 692. Véase también la discusión en Joseph Ransdell, «Some Leading Ideas of Peirce's Semiotic», *Semiotica,* vol. 19, n. 3/4, 1977, pág. 165.

[99] Joseph Bell, «Mr. Sherlock Holmes», la introducción a la cuarta edición de *Un estudio en escarlata* (1893), previamente publicada en el Bookman; citado en Nordon, pág. 213.

[100] Al describir el conocimiento de Holmes en varias materias, Watson sólo califica una de «profunda», la química *(Un estudio en escarlata).* Sobre Holmes como «un químico frustrado», véase Peter Cooper, «Holmesian Chemistry», *Beyond Baker Street: A Sherlockian Anthology* (1976), editado por Michael Harrison, págs. 67-73.

«para mantenerlo en contacto, en la práctica, con una ciencia exacta en la que causa y efecto, acción y reacción se siguen con una predictibilidad superior al poder de la menos precisa "ciencia de la detección" para conseguir, por muy difícil que sea, la precisión en la profesión que ha escogido».[101] Tal como Holmes proclamó en *Un estudio en escarlata:* «Al igual que todas las otras artes, la Ciencia de la Deducción y del Análisis sólo puede adquirirse con un largo y paciente estudio, la vida de ningún mortal es suficientemente larga como para poder alcanzar la más alta perfección posible en ella.»

El propio Peirce sentía una vocación, desde siempre, por la química. En 1909, escribió:

> Pronto estuve interesado, como lo hace un niño, por la dinámica y la física y el hermano de mi padre había sido químico. Debía tener alrededor de veinte años cuando instalé un laboratorio de química de mi propiedad y empecé a trabajar con centenares de botellas de análisis cualitativo de Leibig y hacer cosas como vermellón tanto en seco como con humedad y repetir grandes y muchos procesos de química, bien famosos.[102]

La química era la profesión para la que Peirce había sido especialmente educado, fue «la ciencia en la que más [había] trabajado» y «eran los razonamientos químicos los que más admiraba».[103]

Para la persona indocta en lógica teórica, una exhibición de las habilidades de razonar de un experto, si es poco instruido tanto en lo último como en los pasos lógicos que sigue, le parecerá poco menos que magia. Nordon apunta que «sus deducciones llevan a Holmes a hacer revelaciones que parecen casi mágicas».[104] El señor Watson está, como todo el mundo sabe, constantemente abrumado con las deducciones de Holmes. Este efecto se intensificaba con «la notable afición... por los arreglos teatrales y los efectos dramáticos»[105] de Holmes, inclinación que comparte con Peirce, a juzgar por la teatralidad con que este último relata la historia de su reloj robado y por el interés y talento que había mostrado por el teatro desde su infancia y que todo el mundo conocía.

---

[101] Charles O. Ellison, escribiendo en Hall, págs. 36-37.
[102] Peirce, Ms. 619.
[103] *Ibíd.,* Ms. 453; véase Hardwick, pág. 114.
[104] Nordon, pág. 222.
[105] Starrett, pág. 29.

Desde hacía generaciones, la familia de Peirce había mostrado interés por el teatro y la ópera, incluso habían organizado representaciones en su casa. Mientras aún era un niño, Peirce cuenta haberse distinguido como orador, con la lectura de obras como *El cuervo* de Poe y como miembro de la asociación de debate[106] en la escuela secundaria. Como posgraduado en Harvard, Peirce continuó cultivando su interés por la locución, la retórica y la representación teatral. Llega a ser miembro, en su adolescencia, del W. T. K. (*Wen Tchang Koun,* en chino, que significa «salón de ejercicios literarios»), que estaba especializado en debates, discursos, juicios simulados y lectura de ensayos, poemas y obras teatrales. Ya mayor, en 1858, fue uno de los fundadores de la O. K., sociedad del Harvard College, que pretendía estudiar las artes de la elocución y la oratoria en relación con los trabajos literarios.[107] Como adulto, Peirce fue conocido por haber dado recitales del *Rey Lear* de Shakespeare a amigos, en casa de su hermano mayor «Jem» en Cambridge, y a socios del Century Club, en Nueva York. Peirce se interesó por el teatro y la ópera cuando estuvo en París, y además su segunda esposa, Juliette, era actriz. Él y Juliette permanecieron en contacto con amigos de teatro tales como Steele y Mary Maekaye, e incluso tomó parte ocasionalmente en representaciones teatrales no profesionales, como una representación de *Medea de Legougé,* que Peirce había traducido al inglés.[108]

«Las tablas perdieron a un fino actor —escribe Watson de Holmes, en *Un escándalo en Bohemia—,* incluso la ciencia perdió a un razonador agudo cuando se convirtió en un especialista del crimen.» En cierto modo, la teatralidad con que Holmes expone sus operaciones lógicas es parecida al comportamiento que tienen algunos médicos cuando quieren impresionar a sus pacientes con sus poderes de diagnóstico aparentemente mágicos, así le provocan una sensación de confianza que contribuirá a facilitar el proceso curativo.

Los adornos rituales de la práctica clínica constituyen el ingrediente esencial del efecto placebo.[109] El placebo está pensado para ser eficaz porque el paciente cree que será curado, creencia que la situación propiciada por el médico y otro personal que atiende refuerza, y que nace del contexto en que el placebo se administra.[110] Algunos médicos, como Karl Scheibe, emplean el término «acumen» para denomi-

---

[106] Max H. Fisch, comunicación personal.

[107] Christian Kloesel, comunicación personal; véase también Kloesel, «Charles Peirce and the Secret of the Harvard O. K.», *The New England Quarterly,* marzo, 1979.

[108] Max H. Fisch, comunicación personal.

[109] Para una discusión detallada, véase Sebeok, *The Sign & Its Masters,* caps. 5 y 10.

[110] Para una idea popular sólida en un médico, de las obras sobre el efecto placebo de los «curanderos» y el poder de la sugestión, incluyendo a veces la hipnosis, véase William A. Nolan, *Healing: A Doctor in Search of a Miracle* (1974).

nar la manera de predicción exhibida por Holmes, constituyendo «una habilidad enfática combinada con la precisión analítica». Scheibe observa:

> Si uno cree estar en una situación de desventaja frente a los terribles pero bien controlados poderes de observación e inferencia del... detective, entonces uno, en efecto, ha otorgado autoridad a un superior y no tiene esperanza alguna de controlar los acontecimientos... En la medida en que el público en general cree que el detective posee especiales dotes de penetración, los poderes de *acumen* de estos practicantes aumentarán. También, en la medida en que ningún actor puede explotar la ingenuidad o credulidad del otro actor sobre la inocencia del designio, el segundo actor está efectivamente bajo el control del primero. Este es el principio básico para el juego de la confianza.[111]

Un juego parecido se entabla entre el autor de una historia de detectives y su auditorio, evidentemente. Conan Doyle lo sabía muy bien, tanto indirectamente, a través de su personaje, Sherlock Holmes, como directamente, por su propia biografía. En *The Crooked Man,* por ejemplo, Holmes dice a Watson: «Este es uno de aquellos instantes en que el razonador puede producir un efecto notable en sus oyentes, porque a éstos se les ha escapado el único detalle que sirve de base a la deducción. Lo mismo se puede decir, querido amigo, del efecto de algunos de esos pequeños esbozos suyos, que son totalmente meritorios y que dependen de que retenga en sus manos algunos aspectos del problema que nunca se contarán al lector.» En su autobiografía, Conan Doyle, al discutir la composición de una historia detectivesca, escribe: «Lo primero que se debe hacer es lanzar una idea. Una vez hecho esto; el siguiente cometido es ocultarla y poner énfasis sobre todo aquello que pueda suponer una explicación distinta.»[112] El mismo Holmes se divertía mofándose de los detectives oficiales, apuntándoles deliberadamente pistas sin indicarles su sentido *(El misterio del valle de Boscombe, The Cardboard Box, El signo de los cuatro, Silver Blaze).*

El mismo Joseph Bell se refiere a este tipo de manipulación sicológica como sigue:

> El reconocimiento de una enfermedad depende en gran medida de la exacta y rápida apreciación de pequeños detalles que son los que la diferencian del estado de salud. De hecho, debe enseñarse al estudiante a observar. Para interesarle en este tipo de trabajo nosotros, los profesores, encontramos útil mostrar al estudiante que el uso continuo de la observación puede servirle para conocer asuntos tales como el historial previo, la nacionalidad, la ocupación de un paciente. *Probablemente, el*

[111] Karl E. Scheibe, «The Psychologist's Advantage and its Nullification: Limits of Human Predictability», *American Psychologist,* octubre, 1978, págs. 872-875.
[112] Doyle, pág. 101.

> *paciente también se impresionará con su habilidad para curarle en el futuro si ve que usted, de un vistazo, conoce su pasado. Y es mucho más fácil que el truco completo se muestre al principio.*[113] (El subrayado es nuestro.)

Muy a menudo, Holmes empieza su primera entrevista con un cliente, al que espera, con una serie pasmosa de «deducciones», tal como Bell describe, y estas «pequeñas deducciones inteligentes... a menudo no tienen nada que ver con el asunto que tenemos entre manos, pero impresionan al lector por el poder que demuestran. El mismo efecto consigue con sus improvisadas alusiones a otras cosas».[114]

Y quién de nosotros no se ha sorprendido en una entrevista con nuestro propio médico, cuando nos hace una serie de preguntas aparentemente inconexas (por ejemplo, ¿empezaste a fumar muy tarde?... ¿te duele sólo por la noche?... ¿tu madre ha padecido siempre dolores de cabeza?), al finalizar esta entrevista puede anunciar, de repente, su diagnóstico, el cual al no poder valorar el significado de cada una de las pistas por separado, y por tanto tampoco la lógica de la secuencia de las preguntas, nos parece algo casi divino. Si el médico ya ha diagnosticado pero no lo ha anunciado al paciente, las preguntas que hace para probar su hipótesis parecen al paciente casi como un ejercicio de percepción extrasensorial (por ejemplo, ¿esta sensación la siente sólo después de comer, y viene acompañada de un fuerte dolor en el brazo derecho? —Sí, ¿cómo lo sabe?).

Mientras que la conjetura es parte importante de todas las operaciones lógicas, tal como Peirce nos dice, el paciente típico puede perder la confianza en su médico si conoce todo el proceso de las conjeturas que le llevan al diagnóstico y tratamiento médico final; según esto los médicos están obligados a encubrir este aspecto de su práctica, al igual que Sherlock Holmes para construir su reputación como maestro detective. Como en el ejemplo que acabamos de discutir, los médicos lo hacen, por decirlo de alguna manera, desorientando al cliente con la ofuscación intencionada del proceso de razonar, haciendo preguntas que parecen deducciones, actuando simplemente como si se hubiera llegado a un diagnóstico a través de la inducción y la deducción, sin una abducción previa, o aparentando conocer nuestro pensamiento o sentimiento más íntimo sin la intervención del intermediario de signos emitidos por el paciente.

La importancia de estos trucos para la reputación de Holmes se ve en el siguiente fragmento de *The Red-Headed League*, donde el detective pregunta al señor Jabez Wilson. Holmes anuncia su conclusión asombrosamente inteligente acerca de los

[113] Citado en Hall, pág. 83.
[114] Doyle, págs. 101-102.

antecedentes y estilo de vida del señor Wilson, en este momento Mr. Wilson «se agitó en su silla» y preguntó «¿Cómo, en el nombre de la buena fortuna, sabía todo eso, Mr. Holmes?»

> —¿Cómo sabía, por ejemplo, que realizo un trabajo manual? Es tan cierto como el Evangelio, porque empecé como carpintero de barcos.
> —Sus manos, querido amigo. Su mano derecha es bastante más larga que su mano izquierda. Usted ha trabajado con ella, y los músculos están más desarrollados.
> —Bueno, ¿y el rapé y la Francmasonería?
> —No quiero ofender su inteligencia explicándole cómo supe eso, especialmente cuando usted, en contra de las estrictas reglas de su orden, usa un alfiler de pecho con el arco y el compás.
> —Ah, claro, desde luego, lo había olvidado. Pero ¿y el escrito?
> —¿Cómo podría explicarse si no ese codo izquierdo tan nuevo y el derecho con el remiendo pulido donde usted se apoya para escribir?
> —Bien, pero ¿y China?
> —El pez que tiene usted tatuado exactamente encima de la muñeca sólo puede haber sido hecho en China. He realizado un pequeño estudio sobre los tatuajes e incluso he contribuido a la bibliografía sobre este tema. Esta costumbre de colorear las escamas del pez con color rosa suave es bastante peculiar de los tatuajes chinos. Además, al ver una moneda china colgando de la cadena de su reloj el asunto se simplifica aún más. El señor Jabez Wilson rió estruendosamente.
> —Bueno, ¡nunca había visto una cosa igual! —dijo—. Al principio pensé que usted había hecho algún truco, y después de todo no hay nada de esto.
> —Empiezo a pensar, Watson —dijo Holmes—, que he cometido un error al explicarlo. *Omne ignotum pro magnifico,* ¿sabe?, y mi pobre reputación, siendo tan pequeña como es, se hundirá si soy tan ingenuo.

O, en otro lugar, en *The Stock broker's Clerk,* Holmes resalta: «Me temo que me descubra un poco cuando me explico... Los efectos sin las causas son mucho más imprecisos.» Holmes es completamente sincero cuando dice a un cliente en *The Reigate Puzzle:* «Me temo que mi explicación pueda desilusionarle, pero estoy acostumbrado a no ocultar a nadie mis métodos, ni a mi amigo Watson ni a nadie que pueda mostrar un interés inteligente por ellos.»

## 4. Taumaturgia en la realidad y en la ficción

La yuxtaposición del método de Charles S. Peirce, detective, y el de Sherlock Holmes, semiótico, que empezó como un *jeu d'esprit,* acaba de lanzar una inesperada luz tanto sobre la figura histórica como sobre la de ficción. Desde la perspectiva del gran lógico y polifacético, la ciencia de la deducción y el análisis de Holmes, comprendidos globalmente en su «Libro de la Vida» *(Un estudio en escarlata),* donde el «escritor espiaba en una expresión momentánea, la contracción de un músculo o el movimiento de un ojo, para sondear los pensamientos más íntimos de un hombre», están bien lejos de las «tonterías inefables» o «desechos» que al principio Watson pensaba que eran. Las teorías que Holmes expresa en un artículo y que parecen a su admirador «tan quiméricas, son en realidad extremadamente prácticas», y su proyectado libro de texto, un volumen, sobre «todo el arte de la detección» *(The Abbey Grange)* al que había planeado «dedicar [sus] últimos años» asume una base lógica contextual en la historia de las ideas, basada, en parte tal como es, en parte tal como podía haber sido, en una «mezcla de imaginación y realidad» *(The Problem of Thor Bridge)* y en el acertado ejercicio de la especulación como «uso científico de la imaginación» *(The Hound of the Baskervilles ).*

Holmes era para el cuerpo político, cuya enfermedad es el crimen, un médico brillante. Como en la aventura de *The Creeping Man,* habla de sus casos «con el aire de un patólogo que presenta un ejemplar raro». Holmes estaba satisfecho de que Watson hubiera elegido describir aquellos incidentes que dieron lugar a la deducción y la síntesis lógica. Mientras en *Un estudio en escarlata* sostenía que «toda vida es una gran cadena cuya naturaleza se conoce siempre que hayamos mostrado un solo eslabón de ella», también mantenía que sus conclusiones «eran tan infalibles como las muchas proposiciones de Euclides. Tan asombrosos parecían sus resultados a los no iniciados que hasta que no entendieron el proceso por el que había llegado a ellos, podían considerarle un perfecto nigromante».

Peirce era en su línea tan gran nigromante como Holmes, por eso sus escritos y las anécdotas de su biografía nos dejan a todos hechizados. Era, de acuerdo con la importante y rigurosa caracterización de Charles Morris, «heredero de todo el análisis histórico y filosófico de los signos...».[115] Peirce representa la más alta cima de la

[115] Charles Morris, *Writings on the General Theory of Signs* (1971), pág. 337.

extensa cadena de montañas que empieza a levantarse en la antigua Grecia con la semiótica clínica de Hipócrates, más completa y explícitamente explicada por Galeno,[116] y continuada por el físico Locke, cuya semiótica Peirce «juzgaba distinta y apreciaba debidamente» y de la que pensaba que había aportado «un tipo de Lógica y Crítica, distinta de la hasta ahora conocida».[117]

Debemos luchar, como hacemos, por la continuidad y el efecto acumulativo de este panorama, que va desde el diagnóstico y pronóstico médico antiguo hasta las expresiones modernas de la doctrina de los signos de Peirce e incluso, y ya en el terreno de los especialistas modernos, hasta el biólogo del Báltico, Jakob von Vexküll (1864-1944) y el matemático francés, René Thom (nacido en 1923). Documentarlo es otra cosa. La prueba llevará, al menos, una generación más de esfuerzo concentrado de equipos de especialistas bien informados...;[118] hasta ahora sólo se han esclarecido las líneas principales por aquellos pocos exploradores que están preparados para seguir las claves puestas al descubierto por Peirce, tan lejos del pionero más audaz como del patán, en esta elevada aventura.

[116] Sebeok, *The Sign & Its Masters,* cap. 1.

[117] John Locke (1631-1704), *An Essay Concerning Human Understanding* (1975), editado por Peter H. Nidditch, pág. 721.

[118] Véase Jerzy Pelc, «On the Prospects of Research in the History of Semiotics», *Semiotic Scene,* septiembre, 1977, págs. 1-12.